TRATADO DE PLACERES INMORTALES



CELIA ESGAR

Tratado de Placeres Inmortales

Celia Esgar

Copyright © 2026 Celia Esgar

Tratado de Placeres Inmortales Copyright © 2026 Celia Esgar Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o eventos reales es pura coincidencia. Edición integral a cargo de la autora: Corrección de texto: Celia Esgar Diseño de portada: Celia Esgar Maquetación interior: Celia Esgar Para más información, contacto y otros títulos del universo gótico: www.celiaesgarbooks.com

Contents

Title Page
Copyright
Placeres Inmortales
Dedicatoria
Nota de la autora
El mapa de las sintonías
Acto I
Memoria de las Sombras Blancas
Nupcias de Obsidiana y Seda
El Vínculo de la Luna
Acto II
Las Damas de Escarcha
El Sudario de Luz
La Princesa de las Ruinas
El Sacrificio de la Sal
La Diosa del Lago
Acto III
La Sangre del Dios
El Pincel Carmesí
El Susurro del Abismo Estelar
El mapa de las sintonías

Acerca del Autor
Books By This Author

Placeres Inmortales

Al abrir este tratado, consientes que las sombras aquí descritas pasen a formar parte de tu propio inventario. Lo que se lee bajo el amparo de las sombras, no puede olvidarse al amanecer.

Celia Esgar

Dedicatoria

A ti, que sostienes este Tratado con manos temblorosas, permitiendo que el carmesí de sus páginas manche tu imaginación. Gracias por ser el lienzo donde estas historias han encontrado un lugar donde latir.

A quienes se atreven a mirar hacia el abismo cuando el mundo les ordena bajar la vista; y a los que saben que el arte no es una imitación de la vida, sino su única forma de redención y transformación.

Y finalmente, a mi propia oscuridad, por recordarme que, aunque los cuerpos se deshagan ante el tiempo o el vacío estelar, el placer de haber existido es, por definición, inmortal.

Nota de la autora

Has decidido entrar en este Tratado de Placeres Inmortales, y por ello, quiero ser sincera y honesta contigo. Lo que tienes entre las manos no es una lectura ligera, sino una cartografía de la sombra y el deseo.

Estos relatos han sido escritos para ser consumidos con la misma lentitud con la que una gota de sangre recorre el mármol. Te sugiero, si tu voluntad te lo permite, que leas una sola pieza cada noche, justo antes de que el sueño te reclame. Deja que la atmósfera de las mansiones ocultas, el salitre de los lagos y el frío de las estrellas se filtren en tu habitación. Permite que cada relato sea la última imagen que tus ojos retengan antes de cerrarse; quizás así, la experiencia no termine al cerrar el libro, sino que continúe en la geografía de tus propios sueños.

Sin embargo, como toda exploración del abismo, este camino tiene sus peligros. Debo advertirte que en estas páginas encontrarás una belleza que no conoce la piedad:

- **Erotismo oscuro y explícito:** Donde el placer y la pérdida de la voluntad caminan de la mano.
- **Violencia estética y visceral:** Encuentros marcados por el intercambio de fluidos vitales, sangre y transformaciones que desafían la naturaleza humana.
- **Horror cósmico y existencial:** Una mirada directa a la insignificancia del alma ante el vacío estelar.

Si decides continuar, hazlo sabiendo que el arte —el verdadero arte— siempre exige una ofrenda. No busques aquí redención ni

finales edulcorados; busca la trascendencia que solo se encuentra en la entrega absoluta.

Bienvenido a mi galería. Una vez que llegues a la historia final, espero que ya no seas la misma persona que abrió estas páginas.

Celia Esgar

El mapa de las sintonías

Instrucciones para la apertura del alma.

Este tratado no se lee; se habita. No busques un orden numérico, pues el tiempo aquí, como en la Mansión Blackwood, es una espiral. Consulta estos senderos y permite que tu instinto elija dónde debe sangrar hoy tu curiosidad.

ACTO I: LO TERRENAL Y LO SANGRIENTO

- **Memoria de las Sombras Blancas**: Ábrelo cuando el peso de tus ancestros eclipse tu propio nombre.
    - El Ritual: Enciende una sola vela blanca y observa cómo la cera se consume; así se deshace el tiempo entre tú y los que se fueron.
- **Las Nupcias de Obsidiana y Seda**: Búscalo cuando el deseo roce la autodestrucción.
    - El Ritual: Desata cualquier nudo en tu ropa o cabello; entrégate al relato sin restricciones, permitiendo que la oscuridad te envuelva.
- **El Vínculo de la Luna**: Léelo en las noches donde la piel te quede pequeña.
    - El Ritual: Abre una ventana, deja que el aire frío te erice el vello y reconoce al animal que late bajo tus costillas.

ACTO II: LO ELEMENTAL

- **Las Damas de Escarcha**: Acude a ellas cuando necesites congelar un sentimiento para que no se pudra.
    - El Ritual: Bebe un vaso de agua helada antes de empezar; siente el frío recorriendo tu garganta como un aviso del frío de lo eterno.
- **El Sudario de Luz**: Ábrelo cuando prefieras una verdad cruel a una mentira hermosa.
    - El Ritual: Cierra los ojos y cuenta hasta once en silencio absoluto antes de leer la primera palabra.
- **La Princesa de las Ruinas**: Disfrútalo al contemplar la belleza de lo que se desmorona.
    - El Ritual: Sostén entre tus manos algo antiguo —una joya, una carta, una flor seca— y acepta que la decadencia es otra forma de arte.
- **El Sacrificio de la Sal**: Léelo tras una pérdida, cuando el llanto necesite volverse cristal.
    - El Ritual: Coloca un grano de sal sobre tu lengua y deja que se disuelva mientras te adentras en el relato.
- **La Diosa del Lago**: Búscala cuando sientas que debes morir para volver a nacer.
    - El Ritual: Humedece tus sienes con agua fresca; un bautismo breve para sumergirte en el abismo.

ACTO III: LO INCORPÓREO

- **La Sangre del Dios**: Ábrelo en el instante en que tu ambición desafíe las leyes de lo mortal.
    - El Ritual: Lee de pie, frente a un espejo, reconociendo el destello de divinidad y peligro que hay en tus propios ojos.

- **El Pincel Carmesí**: Acude a él cuando el arte sea la única sangre que corra por tus venas.
    - El Ritual: Ten a mano papel y algo con qué escribir; el relato despertará un impulso creativo que no debes reprimir.
- **El Susurro del Abismo**: Guárdalo para el silencio del eclipse.
    - El Ritual: Apaga toda luz artificial. Deja que tus ojos se acostumbren a la negrura hasta que el papel sea lo único que vislumbres.

Consulta estos senderos y permite que tu instinto elija dónde debe sangrar hoy tu curiosidad. No temas al abismo que se abre entre estas líneas; teme a la parte de ti que se sentirá, por primera vez, en casa al cruzarlo. Si el pulso se acelera, no cierres el libro: es la señal de que el ritual está funcionando.

Dime, ¿estás lista para dejar de ser solo una espectadora?

Acto I

Lo terrenal y lo sangriento

Donde la piel reconoce su herencia y el linaje se escribe con el pulso de las venas abiertas. Bienvenidos al despertar de la carne, allí donde el deseo comienza siempre con un rastro de sangre sobre el mármol

Memoria de las Sombras Blancas

El primer aviso fue el vaho. Emma llevaba kilómetros viendo cómo su propio aliento se convertía en una neblina densa frente al parabrisas, a pesar de que la calefacción rugía al máximo. Después vino el ruido: un traqueteo metálico bajo el capó que sonaba a algo rompiéndose en mil pedazos. Cuando el motor tosió por última vez y se apagó, el silencio que inundó fue una clara amenaza.

Emma giró la llave una, dos, tres veces. El tablero de mandos parpadeó débilmente antes de quedar a oscuras, dejándola a solas con el golpeteo rítmico de la nieve contra el techo de metal. El indicador de gasolina marcaba una aguja muerta que ella se negaba a aceptar.

—No, ahora no —susurró, y su voz sonó pequeña, extraña en aquel habitáculo que empezaba a perder calor con una rapidez alarmante.

Fuera, el mundo había dejado de tener contornos claros. La carretera era un recuerdo borrado por una sábana de un blanco violáceo que subía por las ruedas. Emma esperó, con las manos enguantadas apretando el volante, esperando ver unos faros, una señal de vida, pero solo esuchó el rugido del viento. Cuando el frío empezó a morderle los dedos de los pies, comprendió que el coche, su refugio de metal, se estaba convirtiendo en un ataúd de hielo.

Abrió la puerta y la ventisca la recibió con un golpe seco, robándole el aire de los pulmones. Al dar el primer paso, se hundió hasta las rodillas. El viento no solo era aire en movimiento; era una presencia física, un amante gélido que la envolvía con dedos invisibles, intentando arrebatarle el poco calor que le quedaba.

Caminó a ciegas, con la cara ardiendo por la escarcha, guiada solo por una mancha oscura que parecía vibrar en la distancia. No sabía si era una casa o una alucinación de su propio cerebro congelándose, pero cuando las sombras de la mansión se alzaron finalmente ante ella, la mole de piedra no le pareció un refugio. Parecía algo vivo, una criatura de granito y hiedra muerta que latía bajo la escarcha.

La puerta se abrió y el calor del vestíbulo la golpeó con la fuerza de un perfume a libros antiguos. Olía a madera de cedro, a cera de abeja y a algo más... un aroma amargo, como el de las flores que mueren bajo la nieve.

—Has llegado justo a tiempo; el invierno no suele dejar supervivientes por aquí —dijo una voz profunda, con una suavidad que cortó el aire.

Emma levantó la vista y el impacto de su mirada fue tal que, por un instante, el dolor punzante de sus manos pasó a un segundo plano. No es que olvidara el frío, es que el calor que desprendía aquel hombre, o quizá la forma en que la observaba, le devolvió una sensibilidad violenta, casi dolorosa, a cada rincón de su cuerpo que creía muerto.

Estaba allí, apoyado contra el marco de una puerta, envuelto en la luz dorada y vacilante de las velas. Tenía una belleza perturbadora, de esas que duelen al mirar; su piel era de un tono marfil que contrastaba con el negro profundo de su ropa. Sus ojos no se limitaron a mirarla; la recorrieron con una lentitud que la hizo sentir desnuda bajo su abrigo empapado.

—Soy Sebastian —dijo, acortando la distancia con una zancada tranquila.

Emma notó que el aire alrededor de él era distinto, como si el chico llevara consigo un rastro del calor de la chimenea. No le tendió la mano; se detuvo lo suficientemente cerca como para que ella sintiera su presencia como un muro contra el frío que traía pegado a la espalda.

—No intentes hablar todavía —continuó él, con un tono pausado, casi clínico—. Tu coche puede esperar, y la tormenta no va a amainar porque tengas prisa. Aquí tienes fuego y comida. Es lo único que necesitas ahora mismo.

Se dio la vuelta hacia el interior de la casa, dándole a entender que la invitación no era solo una cortesía.

—Quítate el abrigo. Dime, ¿cómo te llamas? —preguntó él, volviéndose apenas un segundo, con una curiosidad que parecía pesar más que sus propias palabras.

—Emma —logró articular ella, con la voz rota por el frío que aún atenazaba sus músculos.

Fue en ese instante, antes de que el nombre terminara de disolverse en el aire del vestíbulo, cuando una sombra se desprendió de la pared. Eloise apareció al lado de su hermano. El parecido entre ambos era tan exacto que resultaba perturbador, casi una aberración de la naturaleza. Tenía la misma boca perfectamente dibujada, pero su mirada era un pozo de aguas estancadas que no reflejaba la luz de las velas. Se acercó a Emma y, sin pedir permiso, le retiró un mechón de pelo mojado de la frente.

Sus dedos estaban tan fríos como la nieve de fuera. Emma se estremeció ante su contacto; era como si una estatua de jardín le hubiera rozado la piel.

—Emma... —repitió la mujer, saboreando las sílabas como si estuviera probando un vino nuevo—. Tienes la piel muy fina para aguantar este clima. Sebastian, deberías llevarla arriba. No querrás que la fiesta de esta noche se celebre con una invitada al borde de la hipotermia.

Sebastian no apartó los ojos de los de Emma ni un momento. Le tomó la mano, y el contraste entre su piel cálida y el hielo que ella traía consigo fue un chispazo eléctrico que le recorrió la espalda.

—Tienes razón, hermana —concedió Sebastian—. Emma será nuestra invitada de honor. La casualidad la ha traído a nuestra puerta en el momento preciso.

Él no la empujó, pero su sola presencia la obligó a avanzar. Emma se dejó llevar, sumida en una especie de sopor magnético. El roce de la mano de Sebastian, que aún conservaba un calor febril, actuaba como un ancla en su piel, mientras la complicidad silenciosa que vibraba entre los hermanos la envolvía como una red invisible. Era una unión que parecía alimentarse del aire mismo de la casa, una atmósfera tan densa que costaba respirar.

Eloise tomó el relevo. Sus dedos gélidos se cerraron alrededor del antebrazo de Emma para guiarla por una escalera de caracol que parecía retorcerse hacia el corazón mismo de la mansión.

—Necesitas un baño —sentenció la hermana sin mirarla—. El frío se ha metido demasiado profundo, y no queremos que el hielo nos estropee la noche. Te prepararé algo de ropa.

Emma subía los peldaños en silencio, incapaz de protestar. Sus pies pesaban y la cabeza le daba vueltas, embriagada por un cambio de temperatura que no resultaba natural. El aire aquí arriba era distinto; no era el frío cortante del exterior, sino una quietud estancada, cargada con el olor a lavanda seca y a algo metálico que recordaba al roce de las monedas antiguas. Ella solo quería volver al coche.

—Esta era la habitación de nuestra madre —dijo Eloise al llegar al rellano, abriendo una puerta pesada que exhaló un suspiro de polvo dorado—. Sebastian insiste en que las cosas hermosas no deben ser olvidadas, solo necesitan un cuerpo que les devuelva el movimiento.

Emma se quedó inmóvil, dejando que el vapor la envolviera hasta que la realidad de la tormenta pareció quedar al otro lado de un muro de cristal. Eloise se situó detrás de ella. No hubo vacilación en sus manos; sus dedos largos empezaron a desabrochar los botones de la camisa de seda empapada con una destreza quirúrgica. Cada vez que la yema de un dedo rozaba la piel de la confusa invitada, ella se estremecía; no era solo el frío, era la extrañeza de sentirse despojada de su voluntad.

Cuando la ropa mojada cayó al suelo con un golpe sordo y pesado, Emma se sintió desnuda de una forma que nunca antes había experimentado. Eloise no la miraba con deseo, sino con una posesividad analítica que resultaba mucho más perturbadora.

—Entra en el agua —ordenó, señalando la tina de cobre.

Emma obedeció. No pudo ni supo oponer resistencia. El agua estaba al límite de lo soportable, casi hirviendo, pero al sumergirse no sintió dolor, sino un alivio eléctrico que le recorrió la columna. Se hundió hasta los hombros, cerrando los ojos. De pronto, sintió una mano en su pecho. Eloise se había arrodillado junto a la bañera y, con una esponja cargada de un jabón que olía a resina y a flores muertas, empezó a frotar su piel.

Emma contuvo el aliento. Eloise enjabonaba sus pechos con una lentitud deliberada, rodeando sus pezones con una presión que despertó en ella un calor desconocido. Nunca antes el tacto de otra mujer la había hecho sentir tan expuesta y, a la vez, tan despierta.

—Tienes un cuerpo hermoso, Emma —susurró Eloise, y por primera vez su voz no sonó gélida, sino cargada de una ansiedad contenida.

Eloise se detuvo un segundo, con la mano aún sobre el pecho de la mujer, sintiendo el latido desbocado de su corazón.

—Espero que esa fuerza te dure toda la cena —añadió con una sonrisa que no llegó a reflejarse en sus ojos—. La vas a necesitar.

Tras el baño, el ritual continuó frente al espejo empañado. Sobre la cama de dosel descansaba el vestido de terciopelo rojo, un color tan profundo que en la penumbra ámbar de la estancia parecía una herida abierta.

—Póntelo —ordenó de nuevo Eloise.

Emma dejó que la tela resbalara sobre su cuerpo aún húmedo. El terciopelo pesaba, era denso y suave como el musgo, ajustándose a sus curvas con una precisión que rozaba lo imposible. Al notar el contacto directo del tejido contra su sexo y sus pechos,

un pensamiento vago cruzó su mente: no le habían dado ropa interior. Debería haberle extrañado, debería haber protestado, pero se sentía como si estuviera flotando en una nube de opio. Intentó abrir la boca para preguntar, pero no era dueña de su voz; el aire simplemente salía de sus pulmones sin articular palabra, como si el derecho a decidir hubiera quedado atrapado en el vapor del baño.

Sintió que ese vestido tenía memoria propia y le había arrebatado la suya sin pedir permiso.

Eloise se acercó para abrochar la hilera de diminutos botones de nácar que subían por su espalda. Sus dedos pálidos rozaban la nuca de Emma, demorándose en la piel sensible con una lentitud que bordeaba la crueldad.

—¿Sientes eso? —susurró Eloise al oído de Emma, y su aliento frío le erizó el vello del cuello—. Es la memoria de la tela. Sebastian dice que la ropa conserva el eco de quienes la amaron. Esta noche, tú serás nuestro eco más dulce.

Cuando Emma bajó al salón, sentía que era otra persona. Cada paso que daba le recordaba, con el roce del terciopelo contra su piel desnuda, que ya no se pertenecía. Sebastian la esperaba al pie de la escalera. Al verla, su expresión no fue de sorpresa, sino de una satisfacción casi devota, la mirada de un hombre que ve un milagro materializarse ante sus ojos. Dio un paso hacia ella y le tomó la mano, besando sus nudillos con unos labios que, por un instante, Emma sintió ardientes. Fue un contraste abrasador, un fuego que parecía querer consumir el rastro de hielo que Eloise acababa de dejar en su espalda.

—Estás perfecta, Emma —dijo él, y su voz vibró en el pecho de ella—. Pareces una de las musas que mi familia ha custodiado durante siglos. Ven, el banquete está servido. No querrás que el pan se enfríe; pierde su... esencia.

En el comedor, la mesa era un desierto de plata y cristal. En el centro, sobre una bandeja de peltre, descansaba una hogaza de pan de un tono gris ceniciento, rodeada de velas negras cuya llama apenas se movía. No había nadie más, solo ellos tres, y el silencio de

la nieve golpeando los cristales como si quisiera entrar a participar en el festín. ¿Aquella era la fiesta?

Sebastian cortó el pan. No escuchó el crujido familiar de la corteza dorada; el cuchillo se hundió en la miga con un sonido sordo, casi como si estuviera rebanando tela húmeda. Al desprenderse la primera rebanada, un vaho grisáceo y pesado se elevó desde el corazón de la hogaza, arrastrando un olor que golpeó a Emma con la fuerza de una bofetada.

El olor la golpeó primero. No era el aroma reconfortante de la levadura o el trigo recién segado. Olía a lo que queda después de que la vida se apaga: a rincón cerrado, a hierro oxidado y a ese aroma mineral y seco que flota en las iglesias más antiguas cuando el polvo se asienta sobre las lápidas.

—Pruébalo —invitó Sebastian.

Su voz bajó de tono, volviéndose una caricia que se enredó en los oídos de Emma con la fuerza de una promesa. Le ofreció un trozo con una delicadeza tal que parecía estar entregándole un secreto sagrado.

—Es el regalo de nuestro linaje, Emma. Lo que nos permite ser eternos mientras el mundo de fuera se desmorona y se olvida de quién es. Si confías en lo que has sentido desde que cruzaste este umbral, cómelo. Hazlo por mí.

Las palabras de Sebastian calaron en ella como un bálsamo engañoso. Emma sintió un anhelo punzante de complacerle, una necesidad de pertenecer a esa eternidad que él le ofrecía. Sin embargo, cuando sus dedos temblorosos tomaron el trozo, la realidad física rompió el hechizo.

Al acercarlo a los labios, la repulsión fue visceral. Fue una náusea eléctrica que le recorrió la columna, un rechazo instintivo de cada célula de su cuerpo. La miga no era blanca; tenía un tono ceniciento, salpicado de diminutas motas negras que brillaban bajo la luz de las velas como fragmentos de obsidiana... o de hueso carbonizado.

—¿Qué es esto? —logró preguntar, recuperando un hilo de voz, con el estómago revuelto.

—Es el resultado de nuestra memoria —respondió él, sin apartar sus ojos ardientes de los de ella—. No dejes que el miedo te robe el poder de saborear la inmortalidad.

Emma sintió que el aire del comedor se volvía sólido. Miró a Sebastian, buscando una señal de que aquello era una broma macabra, pero él solo la observaba con una ternura devoradora, una devoción que la hacía sentirse como una ofrenda en un altar.

—Cómelo —susurró él, y su mano se posó sobre la de ella, apretándola con una fuerza que ya no era seductora, sino posesiva —. Solo así entenderás por qué tus ojos brillan de esa forma bajo este techo. Solo así dejarás de ser una extraña para convertirte en parte de nosotros.

El primer bocado fue una tortura. La textura era terrosa, se pegaba al paladar con una sequedad que le robaba la saliva, y el sabor era una mezcla amarga de sal y ceniza que le quemaba la garganta. Emma tuvo que luchar contra el instinto de escupirlo, sintiendo cómo esa sustancia ajena bajaba por su esófago como un rastro de plomo derretido.

De repente, la habitación parecía girar. El rojo de su vestido se intensificó hasta cegarla y las sombras de las paredes empezaron a estirarse, cobrando formas humanas que susurraban su nombre en un idioma que su mente no conocía, pero que sus huesos empezaban a recordar.

—Tengo que irme —balbuceó, poniéndose en pie. La silla arañó el suelo con un quejido metálico.

—Nadie puede escapar después de haber probado el pan de nuestros ancestros, Emma —sentenció Sebastian.

No se movió; permaneció sentado, observándola con una calma devastadora que la hizo sentir como un insecto abierto en canal clavado en un muestrario. Su voz no subió de tono, pero la

envolvió con la pesadez de una red empapada, una sentencia que vibraba en el mismo aire que ella respiraba.

Ella no escuchó, o no quiso hacerlo. Salió del comedor con el corazón golpeándole el pecho. El pasillo, que antes le había parecido un refugio elegante, se estiraba ahora en una perspectiva deforme, como si las paredes de papel tapiz oscuro se contrajeran para exudar la misma ceniza que ella aún sentía pegada al paladar.

No buscó la puerta principal. El instinto —o quizá esa memoria que el pan había despertado en su sangre— la empujó hacia las entrañas de la casa. Corrió hacia el fondo, donde el lujo se desvanecía en favor de la piedra desnuda.

Bajó por una escalera de servicio estrecha y húmeda. El terciopelo del vestido, pesado y sin nada que lo separara de su piel, se enganchaba en las astillas de la madera podrida, tirando de ella hacia atrás como si la prenda intentara devolverla al salón. El calor de la chimenea se extinguió de golpe, sustituido por un frío que olía a humedad estancada, a metal viejo y a ese olvido que solo habita en los sótanos que nunca ven la luz.

Al final de los escalones, una puerta entreabierta dejaba escapar una luz mortecina, de un tono violáceo y enfermo. Emma cruzó el umbral y el aire se volvió sólido, una mezcla de polvo en suspensión y una quietud tan absoluta que sentía el peso del techo sobre sus hombros.

No era una bodega. Era un molino de pesadilla. En el centro de la estancia, una piedra circular giraba con un chirrido rítmico, movida por un mecanismo que parecía alimentarse del peso de la propia casa. Sobre las mesas de trabajo no había harina, sino filas interminables de urnas de cerámica, algunas rotas, otras selladas con lacre negro.

Metió la mano en una de las cajas abiertas. El polvo era fino, gris, y al frotarlo entre sus dedos, algo punzante le cortó la yema del índice. Un fragmento pequeño, blanco y pulido. La raíz de un diente. O una astilla de cráneo.

—Es una molienda fina, ¿verdad? —La voz de Eloise llegó desde la penumbra, detrás de ella.

Emma se giró bruscamente, con el dedo sangrando sobre el polvo gris. Eloise estaba apoyada en una columna de piedra, sosteniendo una pequeña balanza de latón.

—Sebastian es un romántico —continuó la hermana, acercándose con pasos insonoros—. Él cree en la comunión, en el amor que trasciende la carne. Yo soy más práctica. Yo solo veo combustible. Este pueblo sobrevive porque aprendimos que el pasado es lo único que arde lo suficiente para detener el avance del hielo.

Eloise extendió la mano hacia el cuello de Emma, donde el pulso de la chica latía desbocado.

—¿Sientes cómo te pesa el vestido ahora, Emma? No es el terciopelo. Es que ya has empezado a formar parte de nosotros. El pan que has comido busca su sitio en tu cuerpo. Quiere volverse hueso en tus huesos.

Emma retrocedió, golpeando una hilera de urnas que se hicieron añicos contra el suelo, liberando una nube de polvo que sabía a tierra húmeda. Tenía que salir de allí, pero sus piernas pesaban como si estuvieran llenas de plomo.

El patio de la mansión era una trampa de cristal y silencio. Emma salió a trompicones, con los pulmones ardiendo por el aire helado que, tras el vaho del sótano, le supo a libertad cortante. Pero la nieve ya no era blanca; bajo la luz de la luna llena, parecía una sábana de plata vieja que se hundía bajo sus pies, reteniendo el terciopelo de su vestido como si la casa intentara reclamar su tela.

No llegó a la verja.

Una figura se materializó entre los pinos escarchados, recortada contra la negrura del bosque. Sebastian no corría; caminaba con la parsimonia de quien sabe que el tiempo, al igual que el frío, siempre termina ganando. El viento le agitaba el cabello oscuro, pero él no parecía sentir la dentellada del invierno.

—¿A dónde vas después de comer el pan de mis ancestros, Emma? —preguntó él. Su voz no era colérica, era algo mucho peor: era una súplica cargada de una autoridad milenaria.

—¡Déjame marchar! —gritó ella, aunque el grito murió ahogado por la densidad de la nieve—. Sé lo que hacéis. Sé de qué está hecho ese pan...

Sebastian se detuvo a pocos pasos. El calor que emanaba de él derretía los copos antes de que tocaran sus hombros, creando un halo de vapor a su alrededor. Se quitó un guante y extendió la mano hacia ella.

—Lo que sabes es solo la superficie, la costra amarga —dijo, y por un instante, sus ojos mostraron una vulnerabilidad que casi parecía humana—. El mundo de ahí fuera es olvido, Emma. La gente nace, muere y se desvanece como el humo. Aquí, en esta casa, el amor no se pierde. Se consume, se hereda, se vuelve parte del pulso de los que quedamos. Eloise es la memoria, yo soy la voluntad. Y tú... tú eres el fuego que necesitamos para que el invierno no nos devore del todo.

Él la alcanzó y le rodeó la nuca con la mano. El contraste fue devastador: la piel de Sebastian estaba hirviendo, una fiebre antinatural que hizo que Emma sollozara ante el alivio de ese calor.

—No te estoy pidiendo que mueras ni te sacrifiques —susurró él, pegando su frente a la de ella, obligándola a mirarlo—. Te estoy pidiendo que no nos abandones. El pan que has comido ya está buscando tu corazón. Si cruzas esa verja ahora, el frío te encontrará vacía y te romperás como el cristal. Quédate. Sé mi musa de ceniza. Ayúdanos a mantener el fuego una generación más.

Emma sintió el sabor amargo de la ceniza subirle por la garganta, mezclándose con el deseo irracional de rendirse a ese calor, de dejar de luchar contra la tormenta y perderse en el abrazo febril de aquel monstruo con cara de ángel.

Detrás de Sebastian, en el umbral de la puerta, la silueta de Eloise observaba en silencio, sosteniendo una lámpara cuya llama parpadeaba al ritmo del corazón de Emma.

Emma cerró los ojos, agotada de luchar contra un invierno que parecía haber nacido de sus propios pulmones. El calor de Sebastian era una droga, una promesa de refugio en mitad de aquel desierto de cristal. Cuando él inclinó la cabeza, ella no se apartó.

El beso no fue como lo había imaginado. No hubo ternura, sino una succión voraz, un contacto abrasador que sabía a humo y a tierra vieja. En el instante en que sus labios se fundieron con los suyos, sintió una descarga de frío absoluto subiendo desde el vientre. No era Sebastian quien le daba calor; era ella quien estaba siendo drenada. El fuego que él irradiaba no era suyo, era el botín de todos los que habían sido devorados antes que ella.

—Gracias, Emma —susurró él contra su boca, y su voz ya no era aterciopelada, sino un crujido seco, como el de las hojas muertas bajo la escarcha.

Sebastian retrocedió un paso. Su piel ya no era marfil, sino que empezaba a recuperar un matiz rosáceo, vital, mientras que las manos de Emma, ante sus propios ojos, se tornaban del color de la cera. Ella intentó gritar, pero de su garganta solo brotó una pequeña nube de ceniza gris.

Comprendió entonces el sacrificio. La fiesta no era para recibirla, sino para procesarla.

Con un último resto de voluntad, Emma no corrió hacia la verja. Se arrancó el broche de nácar que sujetaba el pesado terciopelo en su pecho y se lanzó hacia la lámpara de aceite que Eloise sostenía en el umbral. La hermana, confiada en la victoria de Sebastian, no reaccionó a tiempo.

Emma golpeó la lámpara contra su propio cuerpo.

El aceite hirviente empapó el vestido "heredado", esa tela cargada de memorias y polvo de huesos. El fuego no fue naranja; estalló en una llamarada azul y blanca que rugió con el hambre de décadas de encierro. El terciopelo, impregnado de la molienda de las urnas, ardió con una furia sobrenatural.

—¡Si queréis mi fuego, tenedlo todo! —intentó rugir Emma, aunque su voz ya era solo el silbido de las llamas.

Sebastian retrocedió horrorizado, protegiéndose el rostro de un calor que ya no podía controlar. Eloise gritó, un sonido agudo que se quebró como el cristal, al ver cómo el fuego se extendía desde el vestido de Emma hacia las vigas de madera de la casa, alimentándose de la sequedad que lo envolvía todo.

Emma corrió hacia la oscuridad de la nieve, convertida en una antorcha humana. El dolor era inmenso, pero la satisfacción de sentir cómo el vínculo se rompía era mayor. El vestido caía a jirones carbonizados tras ella, dejando trozos de piel y memoria en el camino.

Llegó al coche y, con las manos en carne viva, giró la llave. El motor despertó con un rugido furioso. Mientras se alejaba por el camino blanco, miró por el retrovisor. La mansión no ardía como una casa normal; se desmoronaba en una columna de ceniza blanca que se confundía con la tormenta.

Emma se tocó los labios. Estaban agrietados, grises. Al exhalar, un fino rastro de polvo quedó suspendido en el aire del habitáculo. Había escapado de los hermanos, pero el banquete ahora formaba parte de su arquitectura interna. Ya nunca volvería a sentir calor, a menos que encontrara a alguien a quien besar.

Nupcias de Obsidiana y Seda

El salón de música de "Las Orquídeas de Cristal" era un organismo vivo que exhalaba un dulzor narcótico: el perfume amoniacal de las flores que se rinden a la putrefacción. El aire, saturado de polen muerto, poseía una densidad aceitosa, una bruma que se adhería a la garganta con la persistencia del almíbar. Las paredes, vestidas de brocado escarlata, parecían sudar bajo la luz de los candelabros; una resina oscura descendía por los relieves de la seda como el llanto de una herida grabada en el tiempo.

Fuera, el invierno gallego acechaba como una presencia hambrienta. El frío arañaba los cristales con uñas de escarcha, emitiendo un gemido vítreo que se filtraba por las juntas de la madera de tejo. Aquellos marcos, cortados de árboles que bebieron de las sombras de los castros, crujían con un lamento sordo, como si las almas atrapadas en su veta despertaran ante Sabel. El aroma del tejo, una mezcla de resina antigua y tierra de cementerio, terminaba de convertir la estancia en un túmulo sagrado.

Pero dentro, el calor de Sabel era una marea febril. Un vaho que emanaba de sus poros y devoraba cualquier rastro de pureza en el ambiente. Era un vapor denso que convertía el oxígeno en algo casi sólido, una gelatina invisible que Brais respiraba con dificultad, sintiendo cómo el aire se volvía plomo en sus pulmones.

En ese microclima de magia y descomposición, el blanco exterior era una mortaja que intentaba entrar, pero el rojo del interior —el del tejo, el del brocado y el de la sangre que aún latía en Brais— era el dueño absoluto del ritual. Sabel era el nexo: el frío

de la muerte en su mirada y el fuego de la depredación en su vientre palpitante.

La mujer permanecía de pie, una columna de marfil y sombra en el epicentro del caos. Bajo su vestido de seda, que caía con la pesadez de una mortaja empapada en aceite, se adivinaba una arquitectura que desafiaba la naturaleza: un relieve de aristas ocultas que se desplazaban bajo la tela como serpientes de cristal. Sus ojos eran dos pozos de oscuridad absoluta, espejos de una negrura mineral donde Brais veía reflejada su propia disolución.

Aquel silencio solo se rompía por el siseo de la cera y el rítmico, casi imperceptible, chasquido de las mandíbulas que Sabel ocultaba tras su máscara de porcelana humana.

—Te presento la realidad de mi naturaleza, Brais —susurró ella, y su voz tuvo la textura de dos cuchillas de seda rozando el mármol—. No me ames con el espíritu; el espíritu es una abstracción cobarde, el refugio de los que temen la finitud. Ámame con tu arquitectura vital, con la verdad de tu sangre y el dibujo de tus huesos. Ámame hasta que no quede una sola fibra de tu ser que no haya sido bautizada por mi boca; hasta que tu anatomía se convierta en mi memoria.

Brais, sumido en una anestesia mística, avanzó hacia ella. Era un estado de gracia aterradora donde su sistema nervioso, saturado por la presencia de lo monstruoso, se rendía sin resistencia. El dolor ya no era una señal de alarma, sino un eco lejano que se transmutaba en placer al cruzar la frontera de su conciencia. No había miedo, solo una sed de pertenencia sacrílega, la convicción de que cada herida sería un salmo escrito en su propia carne. Sabel extendió las manos; la piel de sus dedos era suave como el pétalo de una gardenia, pero la presión sobre el rostro de Brais reveló la fuerza de una prensa de hierro revestida de terciopelo: la firmeza de quien reclama una ofrenda por derecho ancestral.

La transformación no fue una ruptura, sino una floración atroz. Con un crujido de articulaciones que rompió la armonía del salón, de la espalda de Sabel brotaron sus apéndices de cazadora.

No eran patas de insecto, sino piezas de obsidiana orgánica, brillantes y dentadas, grabadas con filigranas que recordaban el arte de un grimorio antiguo.

El aire se volvió eléctrico. Sabel se alzó sobre él mientras su mitad humana se fundía con esa estructura de carbono vítreo. La mandíbula de la mujer se ensanchó sin desgarros, con una elegancia geométrica, revelando hileras de dientes finos como agujas de cristal, diseñados para la precisión de un cirujano, no para la carnicería bruta.

—He esperado este momento desde que sentí tu presencia por primera vez —dijo ella.

Su pinza de obsidiana acarició el pecho de Brais, abriendo una incisión tan limpia que la sangre tardó un segundo en comprender que debía brotar.

—Quiero que seas mi sustento sagrado. Deseo que tu historia se escriba en mis células y que tu vida sea la simiente de mi eternidad.

La unión comenzó sobre el oscuro lecho de tejo, donde el sudor y la resina antigua se fundieron en un abrazo febril. Brais se perdió en la geografía de Sabel, en esa piel que bajo la caricia se sentía como seda tensada sobre acero. En el clímax, cuando ambos eran un solo latido y él permanecía aún fundido en ella, el placer de Brais se transformó en una vibración trascendental. No hubo ruptura de la intimidad, sino una expansión atroz de la misma.

Fue entonces cuando la esencia abisal de Sabel vibró contra su pecho. Mientras sus cuerpos seguían entrelazados, las extremidades de obsidiana brotaron de nuevo para envolverlos en un capullo de sombras irisadas. Sabel no se apartó; lo atrajo hacia sí con una fuerza que era, al mismo tiempo, un refugio y una sentencia.

Devorarlo fue una liturgia de una belleza insoportable. Comenzó mientras los suspiros de Brais aún se mezclaban con el vaho del salón. Sabel recolectaba con mimo cada fragmento, extrayendo la vida directamente de la fuente de su deseo. Bajo el

efecto del veneno vertido en sus venas durante el espasmo de la unión —un licor de fuego y sueño—, la mente de Brais se desprendió de la agonía para naufragar en sus recuerdos.

Mientras las mandíbulas de cristal comenzaban a separar las fibras de sus hombros, él recordó el instante exacto en que sus miradas se cruzaron bajo la lluvia de Santiago. Recordó la punzada eléctrica en el pecho, la certeza de que cada tendón y cada pensamiento habían sido esculpidos solo para terminar bajo la caricia de aquella mujer. En su delirio, la dentellada se confundía con el calor de aquel primer encuentro; el desgarro de su carne era el eco de su deseo de entregarse. Su cuerpo se abría a ella con una facilidad erótica, como si el diseño biológico de Brais no fuera sino el mapa de una ofrenda destinada a aquel ser ancestral.

El ritual era una coreografía húmeda: el brillo de la linfa bajo el parpadeo de las velas y el sonido rítmico de la masticación acompasando los latidos de ambos. El rojo arterial estallaba contra la palidez cadavérica de las sábanas de seda sobre la cama de tejo. Brais, sostenido por la anestesia mística, observaba con ojos empañados cómo su propio ser desaparecía, bocado a bocado, dentro del cuerpo que acababa de poseer. Sentía una plenitud que la piel nunca le había otorgado; era una alquimia biológica: su sangre ya no corría por sus venas, sino que alimentaba el pulso de ella. Él se convertía en su aliento, en su fuerza, en su eternidad.

Sabel mantenía la mirada fija en la suya, una comunión de almas a través del consumo de la materia. Cuando llegó al corazón, lo sostuvo un instante entre sus dedos de porcelana, sintiendo el último espasmo de Brais. Él exhaló un resto de aire, una mueca de reconocimiento ante la culminación de su propósito. El órgano aún latía, como una lámpara de vida que ella besó con devoción antes de fundirlo con su esencia.

En ese momento, las sombras de la habitación se alargaron como dedos negros, abrazando a la mantis y a los restos de su amante. El silencio se volvió absoluto; el frío exterior se rindió ante el triunfo de la carne sacrificada.

El Vínculo de la Luna

El carruaje lo había dejado al final de un camino de tierra roja, flanqueado por árboles centenarios cuyas ramas retorcidas parecían querer atrapar el poco aire que quedaba tras la puesta de sol. En el sur, el crepúsculo no traía alivio, sino una calima pesada que olía a tierra seca, a aceite rancio y a algo más punzante, algo animal que la brisa estancada no lograba disipar.

Varg lo esperaba en el zaguán. Las paredes blancas de la hacienda, iluminadas por faroles de hierro, proyectaban su sombra como la de una bestia alargada. No vestía como un terrateniente, sino con una camisa de lino abierta que revelaba un pecho marcado por cicatrices que ninguna pelea de hombres podría explicar. Sus ojos, de un azul eléctrico y gélido, contrastaban violentamente con su piel curtida por un sol que parecía no afectarle.

—Es usted el músico —dijo Varg. Su voz era un rugido bajo, una vibración que Román sintió vibrar en sus propios dientes—. Tiene un olor particular. Cedro y algo de miedo. A ella le gustará.

—He venido a tocar para la señora —respondió Román, aferrando el estuche de su violonchelo. El calor del sur lo hacía sudar, pero la mirada de aquel hombre le provocó un escalofrío—. El contrato es muy específico sobre mis funciones...

—El contrato especifica que usted hará lo que se le ordene —lo interrumpió Varg, recortando la distancia entre ambo—. No se acerque a ella más de lo necesario. No la mire fijamente. Y, sobre todo, no intente comprender los lamentos que escuchará desde el patio cuando la luna empiece a crecer. En esta hacienda, el silencio es lo único que mantiene a los que vienen de fuera cuerdos y vivos.

Varg se dio la vuelta. Sus movimientos tenían una agilidad depredadora, una gracia pesada que hacía que las baldosas de barro cocido apenas sonaran bajo sus botas. Román lo siguió por pasillos decorados con cabezas de toros y monterías, donde los ojos de vidrio de las presas parecían seguir sus pasos. Los jornaleros que se cruzaban con ellos no saludaban; se quedaban quietos, con una fijeza animal, olfateando el aire al paso de Román como si evaluaran la calidad de su sangre.

Finalmente, llegaron a una puerta de madera de olivo, reforzada con gruesos clavos de plata que brillaban bajo la luz de las antorchas.

—Eva lo espera —gruñó Varg—. Toque. Que su música sea el hilo que la mantenga cuerda. Si el hilo se rompe, Román...

Varg no terminó la frases. Le puso una mano en el hombro y la presión fue suficiente para hacerle entender lo que pasaría. Román sintió un crujido sordo, el aviso de que sus huesos estaban a un segundo de ceder bajo la fuerza bruta de aquel hombre.

—Rece porque su talento sea tan dulce como su aroma —continuó el Alpha, acercando su aliento rancio al oído del músico—. Porque si fracasa, yo mismo le abriré el vientre para ver si su música suena mejor cuando sus tripas se desparramen por el suelo.

Román tragó saliva, sintiendo el sudor frío bajando por su espalda. Podría haber huido. Podría haber salido corriendo hacia la oscuridad de los olivos, pero ¿a dónde? En sus bolsillos solo quedaban dos monedas de cobre y el recuerdo del hambre que le había roído las costillas durante meses en las pensiones de mala muerte del puerto. Era un paria, un hombre sin nombre cuya única posesión era un violonchelo con las cuerdas desgastadas. La Hacienda de los Olivos Negros era su última parada; fuera de allí no le esperaba la libertad, sino la miseria más absoluta.

—Entiendo, señor —susurró Román, con la voz quebrada.

Se obligó a mantener la espalda erguida mientras cruzaba el umbral de la habitación. Sabía que Varg no bromeaba. Aquella no era una amenaza de caballero, era la sentencia de un depredador.

Al entrar, la pesadez del aire lo golpeó de nuevo. Al fondo, tras el biombo, el sonido de las uñas de Eva rascando la piedra se detuvo en seco. Ella lo había olido. Había detectado el rastro del miedo y la pobreza en su piel, un aroma que para alguien en su estado debía de ser tan embriagador como la sangre fresca.

Román se sentó en el centro de la estancia. El aire allí dentro era un caldo espeso de flores de azahar marchitas y un rastro almizclado que le recordaba a los establos, pero mucho más dulce, más embriagador. Al otro lado del biombo de encaje, la silueta de Eva se agitó. No era el movimiento grácil de una dama, sino un espasmo, como si sus músculos pelearan contra sí mismos bajo la piel.

Él apoyó el violonchelo contra su pecho. Al tensar el arco, sus dedos temblaban. La madera del instrumento parecía absorber el calor sofocante de la habitación. Empezó a tocar una sonata menor, dejando que las notas graves llenaran el espacio, vibrando contra el suelo de piedra.

—Más bajo... —susurró una voz tras el biombo. Era Eva. Su voz tenía la textura de la tierra seca, una vibración profunda que hizo que a Román se le cortara la respiración—. Que las notas se arrastren por el suelo. Que me alcancen como si fueran manos.

Él obedeció. Cerró los ojos y se concentró en la tensión de las cuerdas. De pronto, escuchó el roce de la seda. El biombo fue apartado con un movimiento brusco, y Eva apareció ante él.

No llevaba el vestido de gala que Román esperaba. Vestía una túnica de seda blanca, tan fina que se pegaba a su cuerpo sudoroso. Su piel no era pálida; estaba encendida, de un tono rosáceo febril, y pequeñas perlas de sudor brillaban en su escote. Pero fueron sus ojos los que lo anclaron al sitio: unas pupilas dilatadas que devoraban el iris, fijas en el cuello de Román, allí donde la carótida latía con fuerza por el esfuerzo y el miedo.

Román no necesitaba ver bajo la seda para saber que lo que respiraba al otro lado del biombo no era una mujer enferma. Lo sabía por la vibración que sentía en el suelo, por el modo en que el

oxígeno de la habitación parecía consumirse, devorado por una combustión interna que no era de este mundo. Ella era un incendio contenido en piel humana.

Él dejó de tocar, pero el eco de la nota quedó suspendido en el aire, vibrando en el espacio que los separaba.

—Varg dice que hueles a cedro —dijo ella, dando un paso hacia él. Sus pupilas, dilatadas hasta borrar el iris, lo fijaron con una fijeza que le heló la sangre—. Pero Varg solo entiende de bosques y de presas. Yo huelo algo más. Huelo a libros, a tinta y a una calma que me hace querer llorar.

Eva se acercó tanto que Román sintió el vaho de sus poros quemándole la cara. Era como estar frente a las fauces de un horno abierto. Ella extendió una mano con una lentitud tortuosa y rozó la mejilla del músico. Sus dedos estaban hinchados, la carne tensa como si los huesos estuvieran ensanchándose por dentro; las yemas se sentían duras, callosas, y las uñas poseían un brillo nacarado, casi metálico, que prometía un desgarro limpio.

Román tragó saliva, incapaz de apartar la mirada. En su miseria, en su hambre de meses por las calles del sur, nunca había sentido una fuerza tan magnética. El peligro era un lujo que su pobreza no le permitía rechazar.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella de repente. Su voz se quebró, revelando un matiz animal.

—Román... —articuló él, sintiendo cómo el calor de la mano de ella empezaba a marcarle la piel.

—No dejes de tocar, Román —suplicó ella, y por un momento, la bestia retrocedió para dejar ver a la mujer aterrorizada tras la máscara de depredadora—. Si dejas de tocar, el silencio se llenará con el sonido de mis huesos rompiéndose. Y cuando eso ocurra, Román, ni siquiera mi amor por la música podrá salvarte de lo que soy.

Bajo la presión de su caricia, Román sintió la punta de una uña clavándose apenas un milímetro en su mandíbula. Fue un aviso.

Ella no era humana, era una fuerza de la naturaleza vestida de seda blanca, y él era el único que podía tejer el hilo que la mantuviera atada a la tierra antes de que la luna terminara de devorarla.

Volvió a apoyar el arco, pero esta vez no tocó para la señora de la hacienda. Tocó para la mujer que se aferraba a su antebrazo con una fuerza que amenazaba con romperle los huesos, buscando en la melodía un ancla que la mantuviera atada a la humanidad mientras, fuera, la luna empezaba a arañar el horizonte.

La atmósfera en la Hacienda de los Olivos Negros se volvió irrespirable. Varg ya no se limitaba a esperar en el zaguán; ahora permanecía en las sombras del pasillo, inmóvil, escuchando cómo la música de Román se volvía más errática, más jadeante.

Una noche, al terminar la sesión, Román salió de la estancia de Eva con la camisa empapada y el pulso vibrando en las sienes. Varg lo interceptó en el corredor, bloqueando el paso con su envergadura. El olor a perro mojado y a sangre fresca que emanaba del Alpha era tan fuerte que Román tuvo que contener una arcada.

—Te estás olvidando de quién eres, músico —gruñó Varg. No gritaba, pero su voz era un trueno que parecía venir de debajo de la tierra. Agarró a Román por la nuca, y sus dedos, gruesos y calientes, se cerraron con una presión que le obligó a ponerse de puntillas—. Te pago para que calmes su dolor, no para que compartas su aliento.

—Ella... ella sufre, señor —alcanzó a decir Román, sintiendo cómo las uñas de Varg se hundían en su piel.

—Ella es mía —sentenció Varg, acercando su rostro al de Román. El joven músico vio, con un terror paralizante, que las pupilas de Varg no eran redondas, sino que tendían a una verticalidad depredadora—. Ella es la tierra y yo soy quién la cultiva. Tú solo eres el abono que la mantiene mansa. Si vuelvo a oler tu deseo impregnado en su piel, te abriré en canal y dejaré que mis hermanos den buena cuenta de tu "talento".

Varg lo soltó con un empujón que mandó a Román contra la pared de cal.

Al día siguiente, la posesión de Eva se volvió física de otra manera. Cuando Román entró en la habitación, ella lo esperaba de pie, con los ojos inyectados en sangre y el cabello oscuro pegado a la frente por el sudor. Ya no había biombo.

—Varg me ha marcado esta mañana —dijo ella, bajando el tirante de su túnica para mostrar un mordisco profundo y violáceo en el hombro, una herida que aún supuraba—. Él sabe que nuestras almas se están trenzando a través de las cuerdas de tu violonchelo. Siente que me pierdo, Román. Siente que prefiero tu melodía a sus aullidos.

Eva se abalanzó sobre él, no con la delicadeza de una amante, sino con la urgencia de quien se está ahogando. Lo empujó contra el asiento y se sentó sobre sus muslos, atrapando su rostro entre sus manos. Sus dedos ya no tenían huellas dactilares; la piel se había vuelto áspera, casi como cuero.

—Toca —le ordenó, pegando sus labios a los de él. Román sintió el sabor metálico de la sangre de Eva y el calor volcánico de su vientre—. Toca para que no escuche cómo Varg afila sus garras en el patio. Toca hasta que el miedo desaparezca y solo quedemos nosotros, el arco y la luna que nos reclama.

Román, poseído por un terror que se transformaba en una lujuria desesperada, comenzó a mover el arco. El sonido del violonchelo era ahora un lamento animal, un eco del instinto que los rodeaba. Eva hundió la cabeza en el cuello de Román, aspirando su aroma a cedro con tal fuerza que él sintió los dientes de ella rozando su yugular. En ese momento, Román comprendió que ya no era un invitado, ni siquiera un empleado; era una posesión compartida entre dos monstruos, y el hilo que lo mantenía con vida estaba a punto de romperse.

La noche del plenilunio llegó envuelta en un silencio pesado, una calima negra que ahogaba hasta el canto de los grillos. Román no había podido pegar ojo; cada crujido de la madera, cada soplo de viento en las grietas de la hacienda, era un peligro potencial.

Llegó al pabellón de piedra. La puerta de olivo estaba abierta de par en par. El aire allí dentro era un horno; olía a sangre, a humedad y al perfume de violetas de Eva, ahora mezclado con un almizcle denso y animal. Las paredes estaban arañadas, las marcas de garras tan profundas que la caliza se había desprendido en copos blancos.

Eva lo esperaba en el centro. No había cadenas. Vestía solo un camisón de lino rasgado, empapado en sudor, que apenas cubría su cuerpo retorcido. Sus extremidades parecían más largas, sus músculos vibraban bajo una piel de la que brotaba un vello fino y oscuro. Sus ojos, ahora de un ámbar líquido, brillaban en la penumbra con una furia contenida, pero también con una súplica que Román no pudo ignorar. Colmillos finos, como agujas de marfil, asomaban de sus labios temblorosos.

—Román... —Su voz era un gruñido ahogado, una vibración que venía del fondo de su garganta—. Varg ha salido a cazar con los suyos. Me ha dejado aquí para que sucumba, para que la bestia termine de devorar lo que queda de mí.

Eva se abalanzó sobre él. No hubo violencia, sino una necesidad brutal, la embestida de alguien que se está ahogando. Román sintió el impacto de su cuerpo abrasador contra el suyo; la fuerza de ella le vació los pulmones, pero el abrazo era de pura desesperación. Sus manos, rematadas en garras largas y curvadas, se clavaron en la espalda de Román, pero no para herirlo, sino para aferrarlo, para anclarse a la única brizna de humanidad que le quedaba en aquel infierno de cal y luna.

Sintiendo el calor volcánico de Eva a través de su propia ropa humilde y gastada, comprendió que su pobreza ya no importaba. En ese pabellón, él era el hombre más rico del mundo: era el dueño del aire que ella necesitaba para no volverse un monstruo.

—Toca —le suplicó ella, hundiendo el rostro en el hueco de su cuello. Román sintió el filo de sus colmillos rozando su yugular, el calor insoportable de su aliento—. Toca, por favor. Oigo sus aullidos

en mi sangre. Oigo cómo desgarran y matan en el monte, y si no me detienes... si no me sujetas con tu música, yo también iré con ellos.

Román se soltó con dificultad y corrió hacia el violonchelo, que había dejado a un lado. No había tiempo para preparar el arco. Sus dedos, temblorosos, comenzaron a pulsar las cuerdas directamente. La nota era grave, profunda, un latido primitivo que intentaba calmar la tempestad.

Eva se irguió. Su cuerpo se estiró, sus músculos vibraron, y Román vio por primera vez cómo la piel de su espalda se tensaba al límite. Sus ojos se fijaron en los de él, con una súplica salvaje, y en ese momento, Román lo comprendió todo: el miedo de Eva no era a morir, sino a volverse un monstruo que olvidara la música y el aroma del cedro que una vez la hicieron humana.

Román no tocaba para calmarla, sino para contenerla. Cada nota era un pulso que Eva absorbía, un hilo invisible que la mantenía atada a él mientras su cuerpo se preparaba para la caza. El aire del pabellón se llenó de la fragancia de su lujuria animal y del eco de los aullidos lejanos de la manada. Y Román, con los dedos sangrando por la fricción contra las cuerdas, se dio cuenta de que no había escapatoria. No quería huir. Deseaba ser su ancla.

Los aullidos de la manada resonaban en la lejanía, un coro de cazadores que celebraban la noche. Pero aquí, en el pabellón, solo existía el ritmo de sus dedos sobre las cuerdas y el cuerpo convulso de Eva contra el suyo. Él no era un músico; era un objeto de éxtasis y contención. Su sangre, su aliento, el propio latido de su corazón se habían convertido en el ancla que impedía a Eva zozobrar en la marea de su propia naturaleza.

La piel de la mujer vibró. Sus músculos se endurecieron con un espasmo violento. Román sintió un calor inmenso irradiar de ella, y por un instante, supo que Eva estaba a punto de romper su forma humana. Pero, en lugar de la furia, sintió un deseo avasallador. Él también estaba al límite, entregado a esa posesión carnal. Dejó caer

el violonchelo. El instrumento chocó contra el suelo de piedra con un gemido sordo.

Las manos de Román se hundieron en el cabello húmedo de Eva. La levantó, la sentó en sus rodillas, y pegó sus labios a los de ella. No hubo delicadeza. Era una unión brutal de carne y anhelo. Román sintió la lengua de ella, áspera y caliente, buscando la suya, sus colmillos rozando sus labios. Era el beso de la bestia, un beso que prometía consumirlo por completo.

Eva se arqueó contra él, su cuerpo se transformó en el suyo, un abrazo que era posesión. Ya no había rastro de la condesa; solo existía la hembra que lo reclamaba, que bebía su aliento y su aroma, que lo marcaba con sus garras sin derramar una sola gota de sangre. El clímax no fue una liberación, sino una fusión de almas salvajes.

Cuando la luna comenzó a descender, pálida y exhausta, Román yacía sobre el suelo de piedra, con Eva recostada sobre su pecho. Ella dormía, pero Román sintió el peso de sus garras en su piel y el vello fino que cubría su espalda. Ya no había miedo, solo una extraña sensación de pertenencia. No sabía si Eva lo había salvado de volverse un animal, o si él se había convertido en la última parte de su humanidad, la parte que ella se había negado a soltar, condenados a un vínculo eterno bajo la luna de la hacienda.

Acto II

Lo elemental

Cuando el cuerpo se rinde al barro, a la sal y al abismo de las aguas. Aquí, la humanidad se desdibuja para fundirse con la tierra antigua, y el sacrificio es la única lengua que los elementos comprenden

Las Damas de Escarcha

Odín ascendió por la escalinata de hielo con los pulmones ardiendo. Para cualquier otro hombre, aquel aire habría sido una cuchilla de cristal desgarrando la garganta; para él, era el primer alivio en años. Su sangre, una maldición de fuego líquido que le hacía hervir las venas, palpitaba con una urgencia desesperada. Necesitaba terminar ya.

Al final del pasillo de columnas translúcidas, la vio.

Scarlet estaba sentada en un trono de escarcha, rodeada de sus "devotos": estatuas de hombres que, en su último aliento de calor, habían quedado congelados en gestos de adoración eterna. Ella era una visión de una belleza hiriente. Su piel tenía la blancura de la leche muerta y sus labios, de un azul violáceo, nunca habían conocido el calor de un suspiro humano.

—Has tardado en llegar, Odín —dijo ella. Su voz no vibraba; era el sonido del hielo quebrándose bajo el peso de un paso descuidado—. Puedo oler tu incendio desde aquí. Me calienta el alma... y me tienta a apagarte.

Odín se acercó, ignorando el siseo del vapor que se elevaba de sus hombros. La neblina que lo envolvía chocaba contra el aura gélida de Scarlet, creando pequeñas tormentas de nieve entre los dos.

—No busco clemencia, Scarlet —respondió él, y su voz era un rastro de ceniza en aquel templo de cristal—. Busco el silencio que solo tú puedes darme. Mi sangre me devora. Prefiero ser una de tus estatuas de hielo que una pira de carne olvidada.

Scarlet se puso de pie. Su movimiento fue de una elegancia letal. Cuando extendió su mano, Odín vio el brillo plateado del mercurio recorriendo sus venas como un río de veneno lunar. Ella no tocó su piel de inmediato; se detuvo a un centímetro de su pecho, allí donde el corazón de Odín golpeaba las costillas con la fuerza de un animal enjaulado.

—Si te toco, Odín, me llevaré tu vitalidad. Me beberé tu tiempo como si fuera vino caliente para alimentar mi corazón de cristal. Y tú... tú sentirás por fin el frío, pero será el frío de la tumba.

—Tócame entonces —suplicó él, dando el paso final.

El contacto en la sala del trono fue solo el primer tanteo. Scarlet no retiró la mano del pecho de Odín; al contrario, hundió sus dedos de mercurio en la carne ardiente de él, anclándose a su calor como si fuera lo único real en aquel universo de hielo. Odín, con la visión nublada por el vapor y el brazo derecho ya entumecido por la escarcha, se dejó guiar. No caminaban; se desplazaban como dos náufragos que se aferran el uno al otro en medio de una tormenta de nieve.

Scarlet lo condujo por pasadizos de cristal tallado donde el eco de sus pasos se perdía en un siseo constante. Cada vez que la piel de Odín rozaba las paredes, el hielo se agrietaba, quejándose ante la intrusión de su fuego. Él sentía que su conciencia se deshilachaba: el frío de ella le estaba robando la capacidad de pensar, dejando solo el instinto puro de buscar el origen de esa agonía bendita.

Ella lo empujó a través de una pesada cortina de cadenas de plata que tintinearon con un sonido gélido, fúnebre. Al cruzar el umbral, la temperatura cayó de golpe, como si hubieran saltado a un abismo de nitrógeno. El aire se volvió sólido, una cuchilla que obligó a Odín a soltar un gemido sordo.

La alcoba de Scarlet no era un refugio, era una celda de cristal donde la temperatura descendía hasta lo imposible. Las paredes, de un azul profundo y traslúcido, devolvían el reflejo de Odín: un hombre maldito por los dioses, envuelto en una neblina perpetua,

cuya piel emitía un fulgor anaranjado, agónico, como el de una brasa a punto de extinguirse en el vacío.

Scarlet llegó al lecho primero, moviéndose con la fluidez de un líquido plateado. Se deshizo de su túnica de escarcha con un gesto lento, revelando la desnudez de un ídolo prohibido. Lo esperaba sobre un lecho de placas de hielo cubierto por pieles de lobos blancos, tan frías que el contacto con el aire hacía que soltaran escarcha. Ella estaba allí, con los ojos de un azul eléctrico fijos en la garganta de él, y su cuerpo era una escultura de mercurio vivo. Bajo su pecho izquierdo, la gema de su corazón palpitaba con una luz mortecina, un ámbar débil que reclamaba alimento.

—Ven —susurró ella, y el sonido fue una orden que la sangre de Odín, cansada de arder, no pudo desobedecer—. Entrégame el fuego que te mata, y yo te daré el frío que te hará eterno.

Él no dudó. Se despojó de sus ropas humildes, dejando ver un cuerpo marcado por las venas hinchadas, negras de tanto arder. Cuando se dejó caer sobre ella, el sonido fue aterrador: un siseo violento, el grito del fuego siendo sofocado por el agua. El vapor inundó la estancia en un segundo, una nube blanca y espesa que los ocultó.

Odín ahogó un grito. El contacto con la piel de Scarlet no fue como tocar hielo; fue como ser sumergido en ácido gélido. Sentía que sus músculos se cristalizaban, que su sangre hirviente se espesaba hasta convertirse en lodo helado. Pero el alivio... el alivio era tan absoluto, tan devastador, que sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Más —gruñó él, hundiendo los dedos en los hombros de ella.

Scarlet se arqueó, rodeándolo con sus piernas de mármol. Sus uñas de metal se clavaron en la espalda de Odín, y donde la piel de él ardía, ella abría surcos de escarcha. Ella bebió de su boca como quien bebe de una fuente en el desierto. Odín sintió cómo su vitalidad fluía hacia ella por aquel beso; no era solo calor, eran sus recuerdos, su fuerza, sus años.

El mercurio en las venas de Scarlet se volvió incandescente. Su piel, antes muerta, adquirió un matiz rosáceo de una belleza obscena. La gema de su pecho se encendió con un rojo sangre, iluminando la niebla de la habitación. Era un monstruo alimentándose de un mártir.

—Te estoy matando, Odín —jadeó ella entre beso y beso, con una voz que ahora sonaba aterradoramente humana—. Siento cómo tu tiempo se detiene en mi garganta.

—Sigue... —respondió él, con la voz rota por el frío que ya le alcanzaba el corazón—. Prefiero que me devores tú a que me consuma mi propio fuego.

Fue una noche de una crueldad exquisita. No hubo sueño, solo una lucha de temperaturas. Odín sentía que cada centímetro que Scarlet le ganaba a su calor era un paso más hacia el jardín de estatuas de fuera. Scarlet lo poseía con un hambre milenaria, rodeándolo con un frío que era una caricia de muerte, mientras el corazón de gema de ella latía con una fuerza nueva, robada del hombre que, en su miseria y su maldición, había encontrado en ese horror su único paraíso.

Al alba, Odín seguía vivo, pero ya no era el mismo. Una capa de escarcha fina cubría su pecho, y su mirada ardía con menos fuerza. Había pagado el precio: diez años de su vida por una noche de silencio. Y lo peor de todo, lo que realmente lo aterraba mientras veía a Scarlet dormir con la piel aún tibia, es que volvería a hacerlo cada noche hasta convertirse en cristal.

Intentó mover la mano derecha, la que había descansado sobre el vientre de Scarlet toda la noche, pero su sistema nervioso le devolvió un vacío aterrador.

No sentía los dedos.

Se incorporó con un gemido que sonó a cristal roto en su garganta seca. Al mirarse la mano, el horror le recorrió la espina dorsal: la piel, antes bronceada por el fuego de su sangre, se había vuelto de un tono grisáceo, translúcido, como el de los cadáveres que el hielo conserva durante siglos. No había pulso en sus yemas.

Al rozar la mesa de hielo, el sonido no fue de carne contra piedra, sino el de una uña rígida golpeando un cristal.

—Has despertado —dijo Scarlet desde las sombras.

Ella estaba radiante. La gema de su pecho emitía un calor residual que hacía que el aire a su alrededor vibrara. Sus mejillas tenían un rubor que Odín sabía que era suyo; ella le había robado el color de la vida para pintarse la cara.

Intentó ponerse de pie, pero sus rodillas crujieron. No era un crujido de articulaciones cansadas, sino el siseo de fibras musculares que se habían vuelto quebradizas. Sintió un dolor agudo, una punzada de miles de agujas invisibles que le recorrían las piernas mientras la sangre, todavía caliente en su torso, luchaba por reconquistar las extremidades que la escarcha de Scarlet había reclamado.

—Mírate, Odín —susurró ella, acercándose. Su tacto, que anoche fue un bálsamo de muerte, ahora le produjo un escalofrío de puro terror—. Tu barba tiene escarcha que no se derrite. Tus ojos... ya no arden con llamas, sino con el brillo de las estrellas muertas.

Él se arrastró hasta un espejo de plata pulida. Su cabello, antes negro como el hollín, tenía mechones de un blanco ceniciento. Las arrugas rodeaban sus ojos, no grabadas por el tiempo, sino por la deshidratación extrema del frío absoluto. Scarlet no solo le había quitado el calor; le había sorbido la juventud, dejando un rastro de vejez prematura en cada poro.

—Me estás convirtiendo en una de tus estatuas —articuló él. Su propia voz le resultaba ajena, más fina, más débil.

—Te estoy dando lo que pediste —respondió ella, pasando una uña de mercurio por la mejilla gris de Odín. Donde ella tocaba, quedaba una marca blanca, una cicatriz de escarcha que no desaparecía—. El silencio. El fin de tu condena.

Odín sintió un hambre nueva, más peligrosa que la del estómago. A pesar del dolor, a pesar de ver su propia piel muriendo sobre sus huesos, su cuerpo recordaba el alivio de la noche anterior.

Sus venas, todavía abrasadas en el centro de su pecho, reclamaban de nuevo el contacto con el mercurio. Era una adicción física: el dolor de la recuperación era tan insoportable que prefería la anestesia del abrazo de Scarlet, aunque supiera que la próxima vez perdería la movilidad de una pierna o la luz de un ojo.

Él extendió su mano gris y temblorosa hacia ella, desgarrando su túnica blanca.

—Hazlo otra vez —suplicó.

Scarlet sonrió, y en sus dientes blancos Odín vio el reflejo de su propia aniquilación. Ella lo atrajo hacia sí, y el contacto del pecho cálido de él contra el frío renovado de ella hizo que la piel de Odín se agrietara. Un pequeño hilo de sangre brotó de su hombro, pero antes de que pudiera deslizarse, se congeló, convirtiéndose en un rubí oscuro y sólido adherido a su carne.

El proceso de cristalización era ya irreversible. Odín yacía sobre el lecho de hielo, incapaz de sentir el peso de sus propias piernas. Sus rodillas se habían fusionado en una sola pieza de cuarzo opaco, y el vello de su pecho era ahora una red de agujas de escarcha que pinchaban la seda de las pieles.

Scarlet cabalgaba sobre él, más hermosa y vibrante que nunca. Su piel ya no era blanca, sino de un carmín cálido, alimentado por la última reserva de fuego que Odín guardaba en la base de su columna. Ella apoyó su oído contra el pecho gris de él, escuchando el estertor de un corazón que se convertía en piedra mientras alcanzaba su último orgasmo.

—¿Por qué lo hiciste, Odín? —susurró ella, y por primera vez, su voz contenía una nota de piedad—. ¿Qué fue lo que robaste para que te condenaran a ser un sol atrapado en carne humana?

Odín forzó sus pulmones, que crujieron como fuelles de cuero viejo. El recuerdo de su pecado era lo único que el frío no podía borrar: el incendio original que lo había traído a este glaciar.

—Rompí el orden de la luz —articuló él, y una pequeña lasca de hielo saltó de sus labios—. Mi pecado no fue robar el fuego de los

dioses, Scarlet... fue usarlo para intentar resucitar a un muerto. Les arrebaté una sombra de su reino y la quise calentar con una llama que no me pertenecía.

Aquel era su gran crimen. Odín, en su arrogancia y su amor, había intentado desafiar a la muerte con un fuego alquímico robado del altar de la eternidad. Los dioses, furiosos por ver su monopolio sobre la vida amenazado, no lo mataron. Le otorgaron el fuego que tanto ansiaba, pero lo hicieron brotar de su propia médula. Lo condenaron a arder por dentro, a sentir cómo su propia sangre lo cocía vivo por toda la eternidad, negándole el alivio de convertirse en cenizas.

—Querías calor —continuó Scarlet, acariciando su frente helada—. Y ahora... ahora me lo has dado todo a mí.

—Es el mejor uso... que ha tenido mi castigo —respondió él, esbozando una sonrisa que terminó por agrietar su mejilla de cristal.

Con un último suspiro, Odín entregó el resto de su esencia. Sintió un tirón violento en el centro de su pecho, allí donde la gema de Scarlet hizo su succión final. El calor desapareció por completo. Por primera vez desde que comenzó su maldición, Odín no sintió el dolor de la brasa. Sintió el silencio.

Sus ojos, fijos en el rostro rosado y vivo de Scarlet, se volvieron de un azul gélido y se endurecieron. Su mano, que aún buscaba la caricia de ella, se detuvo a medio camino de sus pechos desnudos, convirtiéndose en una rama de marfil inerte. El proceso terminó con un sonido seco, un repique metálico que reverberó en toda la catedral.

Odín ya no era un hombre. Era una estatua de una perfección aterradora, con una expresión de paz absoluta que contrastaba con las grietas de su piel de escarcha.

Scarlet se levantó del lecho, radiante, con el corazón de gema latiendo con una fuerza divina. Caminó hacia el jardín, donde hizo que sus siervos colocasen a Odín en el lugar de honor, frente a los vientos del glaciar. Él era su obra maestra, su devoto eterno. Y mientras ella se alejaba, envuelta en el calor robado de un hombre

que prefirió morir congelado antes que seguir ardiendo, el viento ártico empezó a pulir la superficie de la nueva estatua, borrando para siempre el rastro del fuego que una vez desafió a los cielos.

El Sudario de Luz

Apolo se encontraba en su estudio, rodeado de libros de leyes y luz de velas que juraban orden. Pero el orden era una mentira. Desde hacía tres noches, el aire olía a incienso quemado y a algo más... a piel virgen, a lienzo sin pintar.

—¿Quién está ahí? —preguntó Apolo. Su voz, siempre firme, flaqueó.

De la penumbra del rincón, donde la luz de las velas no llegaba, surgió ella. No caminaba, parecía deslizarse sobre el suelo de mármol como una mancha de aceite. Llevaba un velo de seda gris que ocultaba sus facciones, pero su silueta era un calco inquietante de la de Apolo.

—Soy lo que queda de ti cuando dejas de fingir, Apolo — susurró ella. Su voz no venía del aire, sino de dentro del propio cráneo de él.

Ella se acercó y, sin tocarlo, rodeó su cuerpo con sus manos enguantadas en seda. Apolo sintió un frío eléctrico recorrer su columna. No era dolor físico, era la sensación de que alguien estaba hojeando sus recuerdos con dedos sucios.

—Vete —ordenó él, pero sus piernas no obedecieron. Su voluntad, esa que lo había hecho líder, se estaba disolviendo ante aquella misteriosa presencia.

Erinia levantó el velo. Su rostro no tenía rasgos definidos; era una superficie de nácar maleable. Pero, mientras miraba a Apolo, los ojos de ella empezaron a tornarse del mismo dorado que los de él.

Sus labios se curvaron en la misma mueca de orgullo que el hombre veía cada mañana en el espejo.

—Tienes una mente tan luminosa... —dijo ella, y estiró su mano para rozar el aire frente a sus labios. Él sintió que le robaba el aliento, no para asfixiarlo, sino para beberse sus palabras—. Quédate quieto, mi sol. Solo quiero pedirte prestada tu vida. Primero tus gestos, luego tus sueños... y al final, cuando no quede nada de ti más que un eco, yo seré Apolo. Y tú serás el silencio.

Apolo cayó de rodillas. Sentía como aquella mujer le arrancaba la piel del alma para vestirse con ella. Era una entrega absoluta: ella se convertía en él, y él se convertía en el vacío que ella dejaba atrás.

Se despertó en el diván de su estudio, pero el despertar fue una mentira. Sus extremidades se sentían como de papel, desprovistas de la vitalidad que solía impulsarlo. El sol de la mañana entraba por el ventanal, pero ya no lo calentaba; el calor parecía haberse mudado a la figura que estaba de pie frente al gran espejo de cuerpo entero.

Era Erinia. Pero ya no era una mancha de nácar.

Ella vestía la túnica de lino blanco de Apolo, la que él había dejado preparada para la asamblea. Al verla de espaldas, la semejanza era tal que Apolo sintió un vértigo nauseabundo. Ella se movía con la misma cadencia aristocrática, con ese ligero e imperceptible balanceo de hombros que Apolo siempre había considerado su firma personal.

—¿Qué... qué haces? —intentó decir él.

Pero su voz salió como un hilo de humo, una frecuencia que el aire parecía rechazar. Erinia se giró. Sus ojos ya no eran los suyos; eran los de Apolo, pero con una profundidad líquida, hambrienta. Ella se acercó al diván y se inclinó sobre él. El aroma que desprendía era su propio perfume —sándalo y cítricos—, pero bajo esa capa superficial, él detectó el olor a vacío, a cueva húmeda, a identidad robada.

—Shhh... —susurró ella, y le rozó el labio inferior con el pulgar.

El contacto fue una descarga eléctrica. Apolo sintió que, en ese roce, ella le extraía el recuerdo de su primer discurso. Vio, en la mente de ella, cómo sus propias palabras se reformulaban. Erinia no solo estaba usando su cara; estaba saqueando sus recuerdos.

La mujer salió del estudio y Apolo, con un esfuerzo agónico, la siguió hasta el salón principal. Allí estaban sus consejeros, sus amigos, los hombres que lo habían seguido durante años.

—Apolo, llegas tarde —dijo uno de ellos, riendo.

Se acercó a Erinia, no a él. Le puso una mano en el hombro con la familiaridad de siempre. Apolo gritó, se interpuso entre ellos, agitó los brazos en un frenesí desesperado, pero nadie lo vio. Sus manos atravesaron el aire como si fuera vapor. Erinia, con una sonrisa que era el calco perfecto de la suya, respondió con la anécdota exacta que el consejero esperaba oír.

—Lo siento, amigos. He tenido una noche... transformadora —dijo Erinia.

Su voz era la de Apolo. No una imitación, sino su misma frecuencia y tono. El hombre vio cómo ella ocupaba su silla, cómo bebía de su copa, cómo sus dedos jugaban con el anillo de sello que él ya no llevaba en el dedo. La violencia de verse a sí mismo siendo "mejorado" por un parásito lo dejó de rodillas.

Erinia miró hacia el rincón donde Apolo lloraba en silencio. Por un breve segundo, ella le dedicó una mirada de triunfo cruel. Le estaba demostrando que él era prescindible. Ella era un Apolo más brillante, más agudo, más magnético, porque no tenía las dudas de un humano, solo el hambre de una bruja.

Al caer la tarde, Erinia regresó a la penumbra del estudio donde Apolo permanecía acurrucado, reducido a una sombra en los bordes de la habitación. Ella se sentó frente a él y empezó a desvestirse, pero no para entregarse a él, sino para mostrarle el horror final.

—Mira, Apolo —dijo ella, y su piel empezó a ondularse bajo la luz de la luna.

Apolo miró y el corazón se le detuvo. En el pecho de Erinia, justo sobre el esternón, empezaban a aparecer los rostros de las personas que Apolo amaba, como pequeños relieves de mármol bajo la piel de la bruja. Eran trofeos. Ella no solo lo estaba suplantando a él; estaba absorbiendo todo su mundo para que, cuando terminara, no quedara ni siquiera un recuerdo de quién fue el verdadero.

Apolo ya no habitaba su piel, pero se negaba a ser solo silencio. Mientras Erinia presidía el banquete nocturno, rodeada de la adulación de hombres que creían estar ante su líder, Apolo se concentró en la única parte de sí mismo que ella no podía copiar sin riesgo: su dolor.

Se arrastró por los bordes de la percepción, como un escalofrío que recorre la nuca de los invitados. Se filtró en el vino que ella bebía, intentando que el sabor del sándalo se volviera hiel.

—Apolo, ¿te encuentras bien? —preguntó un comensal.

Erinia se detuvo con la copa a medio camino de sus labios. Por un segundo, su mano tembló. No era un espasmo muscular; era Apolo, desde el vacío, tirando de los tendones que una vez fueron suyos. Él estaba allí, una sombra eléctrica enredada en los nervios de la bruja.

«Sal de mi casa», rugió Apolo en el silencio de su mente compartida. *«Sal de mis venas»*.

Erinia apretó los dientes. Sus facciones, tan perfectas, se distorsionaron. El rostro de Apolo en ella empezó a "derretirse", revelando por un instante el nácar vacío y ciego del sudario. Fue solo un parpadeo, una interferencia sensorial, pero el aire del salón se volvió gélido y el aroma a flores podridas sofocó el perfume de la estancia.

—Estoy perfectamente —respondió Erinia, pero su voz se quebró, emitiendo un sonido doble: el barítono de Apolo y un siseo de serpiente que heló la sangre de los presentes.

Al terminar la cena, Erinia se refugió en la alcoba, cerrando las puertas con un golpe violento. Estaba furiosa. Su piel ondulaba, las caras de los seres queridos de Apolo grabadas en su pecho gritaban bajo su dermis.

—¡Basta! —gritó ella a la habitación vacía—. ¡Ya no existes! ¡Eres un resto de luz en un pozo de sombra!

Apolo se manifestó en el espejo. No era un reflejo, era una grieta en la plata. Su imagen apareció borrosa, sangrando oscuridad, con los ojos encendidos por un odio primordial: el odio del dueño que ve a un intruso saqueando su propiedad.

—No puedes ser yo sin cargar con el peso de cada hombre que hundí para llegar a la cima.

Apolo inundó los sentidos de Erinia con sus recuerdos más traumáticos: la frialdad de su ascenso, el peso de sus culpas y el calor abrasador de sus ambiciones fallidas. La bruja cayó de rodillas, sujetándose la cabeza. La violencia mágica era insoportable; sentía cómo la voluntad de Apolo intentaba nacer de nuevo a través de su garganta, reclamando el control de sus propias cuerdas vocales.

—Yo soy el dueño de este imperio —sentenció la sombra de Apolo, y por un momento, la habitación se iluminó con un resplandor frío y eléctrico—. Y tú no eres más que el paño que intenta ocultarme.

La piel de Erinia empezó a agrietarse. El nácar de su verdadera forma se resquebrajó bajo la presión de la voluntad de hierro de Apolo. La resistencia del hombre desde las sombras no buscaba recuperar su vida —sabía que eso era imposible—, buscaba la destrucción mutua. Si él no podía recuperar su vida, la del hombre temido y respetado en los despachos más altos de la ciudad, ella tampoco la viviría.

El clímax fue un estallido de sensaciones: el olor a ozono, el sonido de mil espejos rompiéndose al mismo tiempo y la sensación física de una piel que estalla por dentro.

Al final, en el suelo de la alcoba, solo quedó una figura desdibujada. No era Apolo, ni era Erinia. Era un ser híbrido, una estatua de carne y sombra que respiraba con dos ritmos distintos, condenada a una lucha eterna entre la luz que se niega a morir y la oscuridad que no puede terminar de devorarla. Una unión tóxica, erótica en su violencia, donde el cazador y la presa se habían fundido en un solo lamento.

Erinia ya no tenía su superficie de nácar lisa, ni Apolo su porte de mármol. Estaban entrelazados de una forma que la anatomía no podía explicar: la piel de ella se hundía en los músculos de él, y el brillo dorado de los ojos de Apolo ahora parpadeaba tras el velo traslúcido de la bruja. Eran una costura mal hecha, un injerto de alma y carne.

—No me dejes... —susurró una voz que ya no era de hombre ni de mujer. Era un acorde disonante, una frecuencia que hacía sangrar los oídos—. No me dejes en la oscuridad.

—Ya no hay oscuridad —respondió la otra mitad del ser—. Solo quedamos nosotros.

Había inyectado su incendio en el sistema nervioso de Erinia, y ella, al devorarlo, había quedado atrapada en su propia trampa. Ahora, ella sentía el calor de las ambiciones de Apolo quemándole el pecho, y él sentía la soledad infinita de la bruja como un manto de nieve sobre sus pensamientos.

Se levantaron con un movimiento coordinado y extraño. Al caminar hacia la ventana, su sombra en el suelo era una mancha errática, con múltiples extremidades que se desvanecían y aparecían.

Se miraron en el único trozo de espejo que quedaba en pie. Lo que vieron fue una pieza de luz en mitad de la oscuridad: un rostro donde la belleza de Apolo era la máscara y la oscuridad de Erinia era la profundidad. Eran una joya negra brillando en el centro de un incendio helado.

La ciudad, allá abajo, seguiría viendo a su líder. El "Apolo" que saldría al balcón al día siguiente tendría la misma sonrisa

deslumbrante, pero sus palabras llevarían el veneno de la bruja, y su tacto dejaría un rastro de escarcha en la piel de quienes lo amaban.

Habían ganado y perdido todo al mismo tiempo. En la cama de seda, solo quedaba una túnica blanca manchada de un fluido plateado que nunca llegaría a secarse. El Hijo del Sol y la bruja ya no existían por separado. Eran el latido de un corazón compartido que latía por despecho, por necesidad y por una forma de unión tan tóxica y parasitaria que solo podía sobrevivir en la aniquilación.

La Princesa de las Ruinas

La capital de los hombres ya no era más que un osario humeante bajo el vuelo de los dragones de ceniza. La guerra había terminado no con un tratado, sino con un exterminio. Arena, la última de la estirpe real, fue arrastrada por el barro, con las manos encadenadas con hierro frío que le desgarraba las muñecas, hasta la tienda del General Elfo.

Allí, entre mapas manchados de sangre y el olor a vino amargo, el vencedor miró a su hijo.

—Has servido bien en la vanguardia, Corvus —dijo el viejo elfo, cuya armadura de escamas de dragón parecía una segunda piel —. Toma. Un juguete para tus noches en el frente. La princesa de los humanos. Haz con ella lo que dicte tu hambre; que aprenda que su linaje ahora solo sirve para limpiar tu calzado.

Corvus dio un paso adelante. A diferencia de su padre, su mirada no era de desprecio, sino de una curiosidad inquietante, casi clínica. Sus ojos, oscuros y afilados como puntas de flecha, recorrieron el cuerpo de Arena: el vestido de seda desgarrado, la suciedad que no lograba ocultar la altivez de su cuello, y esa mirada... una mirada que no pedía clemencia, sino que juraba venganza.

—La acepto —respondió Corvus con una voz que era el siseo de una daga saliendo de su vaina.

La llevó a su pabellón privado, lejos de las risas borrachas de los soldados elfos. Una vez allí, el silencio se volvió opresivo, cargado de una tensión palpable. Corvus no la arrojó al suelo para forzarla como era costumbre con las prisioneras de guerra. Se quedó de pie,

observándola, mientras la luz de las antorchas proyectaba sombras deformes en las paredes.

—Mírame, Arena —ordenó él, acercándose tanto que ella podía oler el aroma a bosque quemado que emanaba de su ropa.

Ella levantó el mentón. No bajó la vista. En ese instante, Corvus cometió el error de tocarla, no con violencia, sino con una fascinación prohibida. Deslizó sus dedos largos y pálidos por la mandíbula de ella, apartando un mechón de pelo sucio de su cara.

Fue entonces cuando el mundo se detuvo.

Corvus no sintió el calor de una mujer humana. Sintió una vibración, un pulso de poder tan antiguo y sombrío que sus propias runas de elfo empezaron a sangrar bajo su armadura. Al contacto con la piel de Arena, Corvus tuvo visiones de dragones negros arrodillándose ante una reina de cabellos de ceniza. Ella no era una princesa perdida; era el receptáculo de una maldición de sangre que los elfos creían extinta.

—¿Qué eres? —susurró, y su voz tembló, no consumida por el miedo, sino por un deseo súbito y devastador que nada tenía que ver con las órdenes de su padre.

Arena sonrió, y fue una sonrisa cargada de ambición.

—Soy el final de tu estirpe, elfo —respondió ella.

La tensión entre ellos cambió de eje: él ya no era el carcelero, sino un hombre —un elfo— cayendo irremediablemente bajo el hechizo de su propia presa. El poder de Arena, despertado por el roce de un enemigo de sangre mágica, empezó a manar de ella como un humo oscuro, envolviéndolos a ambos en un pacto de sangre y sombras.

Corvus no volvió a salir de su pabellón en tres días. Sus lugartenientes susurraban sobre la "presa humana" que le habían entregado, pero ninguno se atrevía a cruzar el umbral. El aire alrededor de la tienda se había vuelto denso, cargado de una electricidad estática que erizaba el vello de los soldados.

Dentro, el tiempo se había detenido.

Corvus estaba arrodillado frente a Arena, que permanecía encadenada a un poste de ébano. Él no la tocaba para herirla; la tocaba para estudiar el abismo que había descubierto en su piel. Tenía una aguja de plata en la mano y, con una delicadeza que rozaba lo obsceno, pinchó la yema del dedo de la princesa.

Vio brotar la gota de sangre. No era roja. Era de un bermellón tan oscuro que parecía negro, y en su interior nadaban partículas doradas que giraban como galaxias moribundas. Corvus acercó el dedo de ella a sus labios, no para besarlo, sino para probar la esencia del poder que lo estaba volviendo loco.

Al probarla, sus ojos se pusieron en blanco.

—Es antigua... —gimió él, y su voz sonó como el crujido de un glaciar rompiéndose—. No es magia de hombres. Es el susurro de los primeros dragones, los que devoraban las estrellas antes de que mi propia estirpe existiera.

Arena lo observaba desde arriba. A pesar de las cadenas, su postura era la de una deidad juzgando a un pecador. La obsesión de Corvus la alimentaba; ella sentía cómo su propia magia, antes dormida por el miedo, despertaba ante la adoración de aquel ser mágico.

—¿Te duele, Corvus? —preguntó ella, con una voz suave que cortaba más que su cadena—. Sientes cómo mi sangre pelea con la tuya, ¿verdad? Está reclamando no solo tu cuerpo, sino tu voluntad.

Corvus apoyó las manos en los muslos de Arena, hundiendo los dedos en la tela desgarrada. Su obsesión se había vuelto física, una necesidad de estar en contacto permanente con la fuente de su tormento. Empezó a desabrocharse la armadura de escamas, dejando al descubierto su propio pecho surcado por las runas de su maldición élfica. Las marcas negras palpitaban, brillando con una luz violácea que competía con el aura de ella.

—Mi padre cree que eres un trofeo de guerra —susurró él, pegando su rostro al vientre de ella, respirando el aroma a azufre y especias que emanaba de su piel—. Pero yo sé la verdad. Eres el fin del mundo. Y yo quiero estar en la primera fila cuando todo arda.

Él levantó la vista y la tensión estalló en el espacio de un suspiro. Corvus la deseaba con una desesperación que bordeaba la locura: quería poseer el cuerpo de la princesa y, al mismo tiempo, ser consumido por la magia de la esclava.

Empezó a lamer la pequeña herida en el dedo de ella, un acto de sumisión que contradecía su rango de general. Arena, por primera vez, dejó escapar un jadeo de satisfacción. El poder de ella respondió al deseo de él, y las cadenas de hierro frío empezaron a ponerse al rojo vivo, no por fuego, sino por la pura fricción de dos almas malditas colisionando.

—Ábrete para mí, Arena —suplicó Corvus ocultando la cara entre sus piernas—. Muéstrame el resto de tu oscuridad. Enséñame cómo vas a destruirnos a todos.

El mejor amigo de Corvus, Valerius, un capitán de la guardia de ojos acerados y cicatrices de mil batallas, entró sin anunciarse. Su preocupación era mayor que el protocolo. Llevaba tres días viendo cómo el ejército elfo se relajaba en el libertinaje mientras su general desaparecía tras los jirones de su pabellón.

Cuando Valerius apartó la pesada cortina de cuero, el aire lo golpeó como un bofetón de ceniza y ozono. Se detuvo en seco, y su mano buscó instintivamente el pomo de su espada.

Lo que vio no fue una violación, sino algo mucho más aterrador para un soldado: una rendición.

Corvus estaba sin armadura, con el torso desnudo y las runas de su maldición palpitando con un color púrpura febril. Estaba de rodillas, con el rostro hundido en el sexo de la princesa humana. Arena, a pesar de las cadenas, tenía la cabeza inclinada hacia atrás, con una expresión de triunfo cruel, dejándose hacer.

—Corvus... —la voz de Valerius fue un susurro de puro horror —. ¿Qué estás haciendo?

Corvus no se levantó de inmediato. Se tomó su tiempo, inhalando una última vez el aroma a azufre que emanaba de la piel de Arena antes de girar la cabeza. Sus ojos ya no eran los de un

general; estaban inyectados en sangre, brillantes por el contacto con la magia prohibida de la cautiva.

—Vete, Valerius —dijo Corvus. Su voz era un gruñido bajo, animal—. No te he dado permiso para entrar.

—Tu padre pregunta por ti. El ejército espera órdenes para marchar sobre la siguiente ciudad —Valerius dio un paso adelante, ignorando el peligro, con la mirada clavada en Arena—. ¡Mírate! Estás arrodillado ante un botín de guerra. Estás bebiendo el veneno de una raza inferior. ¡Esa mujer te está embrujando!

Arena soltó una carcajada cristalina, un sonido que cortó la tensión como una cuchilla. Miró a Valerius con una intensidad que hizo que el capitán retrocediera un paso.

—Él no bebe veneno, capitán —dijo ella, y por un momento, sus ojos brillaron con el oro fundido de los dragones antiguos—. Es el único de vuestra estirpe que sabe que vuestra victoria es solo el preludio de vuestra perdición.

—¡Cállate, esclava! —Valerius desenvainó su daga y se lanzó hacia ella, cegado por la rabia.

Pero no llegó a tocarla. Corvus se movió con una velocidad inhumana, interceptando el brazo de su amigo. La fuerza de su agarre fue tal que el metal de la armadura de Valerius crujió. La mirada de Corvus era letal.

—Si vuelves a amenazarla, Valerius, olvidaré los siglos que hemos luchado juntos —amenazó Corvus, pegando su rostro al de su amigo. El vapor de la magia de Arena empezaba a brotar de sus propios poros—. Ella no es una esclava. Sal de aquí y dile a mi padre que el general está preparando el asedio final.

Valerius miró a su amigo y no lo reconoció. Vio una cáscara habitada por una obsesión que trascendía la carne. Salió de la tienda sin decir palabra, con el corazón pesado por la certeza de que la guerra no la habían ganado los elfos, sino que acababan de perderla en el momento en que Corvus probó la primera gota de esencia de Arena.

El aire en la tienda se volvió irrespirable tras la huida de Valerius. Arena observó a Corvus desde su posición de poder encadenado; vio cómo sus hombros subían y bajaban, cómo la rabia y el deseo luchaban por el control de sus pulmones.

Él se giró hacia ella. Su rostro, antes noble y frío, era ahora una máscara de desesperación.

—Me has arrebatado al único hermano que tenía —dijo él, aunque no había reproche en su voz, sino una aceptación fatalista.

Arena estiró las manos, haciendo sonar los eslabones de hierro frío contra el poste. El sonido era un recordatorio de su cautiverio, pero también una provocación.

—No te he arrebatado nada, Corvus. Te he liberado de la ceguera —susurró ella, dejando que el humo dorado de su sangre empezara a filtrarse por las grietas de sus cadenas—. Tu padre vendrá pronto. Valerius es leal, pero su rostro le delatará. El Vencedor no permitirá que su heredero sea el perro faldero de una simple humana.

Corvus se acercó, rompiendo la distancia que los separaba de un solo paso. Sus manos, todavía temblorosas por la adrenalina de la confrontación, rodearon la cintura de Arena, apretando con una fuerza que buscaba el dolor.

—¿Qué es lo que quieres? —gruñó él contra su boca—. ¿Mi cabeza en una pica? ¿El incendio de mi campamento?

—Quiero tu traición —sentenció ella, y sus ojos se clavaron en los de él como dos puñales de ámbar—. Esta noche, tu padre celebrará el consejo de guerra sobre los mapas de mis tierras. Quiero que entres allí. Quiero que derrames el vino de su copa y que, delante de sus generales, declares que esta guerra ha terminado... porque tú has encontrado algo más valioso que el territorio: el arma que los destruirá a todos.

Arena se inclinó hacia delante, obligando a Corvus a sostener todo su peso. Ella rozó sus labios con los de él, pero no lo besó.

—Traiciona tu sangre por la mía, Corvus. Quema los mapas. Rompe los estandartes de tu padre. Y a cambio... a cambio te dejaré entrar en el santuario de mi poder. Dejaré que sientas cómo es arder de verdad.

Corvus cerró los ojos, derrotado. La obsesión había echado raíces tan profundas que el concepto de "patria" o "familia" le parecía ahora una sombra borrosa. Él no amaba a Arena; la veneraba como un mártir venera el instrumento de su ejecución.

—Lo haré —dijo él, y su voz fue un juramento de sangre—. Pero si me engañas, Arena... si esto es solo un truco de esclava para escapar... me aseguraré de que tu última visión sea el fin de todo lo que amas.

—Entonces muévete —ordenó ella, y por un segundo, el hierro de sus cadenas se fundió bajo el calor de su voluntad, dejando caer los eslabones al suelo con un estrépito metálico—. El consejo te espera. Ve y diles que el General de las Sombras ha cambiado de bando. Me perteneces.

Arena se quedó sola en la penumbra de la tienda, envuelta en ese silencio espeso que precede a los grandes incendios. Ya no era una cautiva; era el centro de gravedad de una tormenta que ella misma había convocado.

Se puso en pie lentamente, estirando los brazos. Los restos de los grilletes, todavía calientes, dejaron una marca roja en sus muñecas, una joya de dolor que ella contempló con una satisfacción casi erótica.

Caminó hacia la mesa donde Corvus guardaba su daga ritual, una pieza de hueso de dragón y obsidiana. La tomó con una mano que ya no temblaba. El peso del arma era un recordatorio de que la libertad no es la ausencia de cadenas, sino la capacidad de empuñar el acero contra quienes te las pusieron.

Se acercó a la entrada de la tienda y apartó la cortina apenas unos milímetros. Fuera, el campamento elfo seguía sumido en su arrogancia: hogueras que chisporroteaban, el choque de jarras de metal y las risas de hombres que creían haber domado a una raza

inferior. No sabían que su general caminaba ahora hacia el consejo de guerra con el alma amputada, movido por los hilos de seda negra que ella había cosido en su voluntad.

Se llevó la yema del dedo a los labios, probando el rastro de la saliva de Corvus que todavía quedaba en su piel.

—Bebed, soldados —susurró para sí misma, con una sonrisa malvada—. Bebed hasta que el vino sepa a ceniza.

Se sentó en el lecho de pieles de su carcelero y se dejó caer hacia atrás, hundiendo el cuerpo en el aroma a cuero y sombra de Corvus. Cerró los ojos y, por primera vez en años, dejó que su magia fluyera sin contención.

No era un fuego brillante; era un humo dorado y denso que empezó a brotar de sus poros, reptando por el suelo de la tienda como un animal hambriento. La magia de Arena no buscaba iluminar, buscaba devorar. Sintió la conexión con la sangre de Corvus, ese vínculo que él mismo había sellado al probar su esencia. A través de él, ella podía sentir el miedo de los guardias fuera, la tensión en la tienda del Vencedor y, sobre todo, el latido desbocado del elfo que estaba a punto de sacrificarlo todo por poseerla.

Disfrutó de la libertad como se disfruta de una venganza cocinada a fuego lento. No necesitaba huir entre los árboles como una presa asustada. Su verdadera libertad era ver cómo el imperio que la había esclavizado se desmoronaba desde el corazón de su guerrero más valiente.

Era la princesa de las ruinas, y el trono de sombras le sentaba mejor que el de oro.

El Sacrificio de la Sal

La oscuridad de la gruta era tan densa que Victoria sentía que caminaba a través de alquitrán. El agua le lamía los muslos, depositando una costra de sal en su piel impregnada de veneno. El silencio fue roto por un sonido que no era humano: un chasquido rítmico, como el de una ballena comunicándose con el vacío.

Entonces, una mano inmensa, de dedos palmeados y fríos como el hielo de un iceberg, emergió del agua negra y rodeó su cintura.

Ella se tensó, cerrando los ojos. *Muérdeme*, pensó con una furia desesperada. *Clava tus dientes en mi cuello y muere antes de tocarme*.

Pero Vhalor no la atacó. El Rey de la Fosa emergió lentamente, con su torso cubierto de cicatrices que brillaban con una bioluminiscencia tenue y enfermiza. Se acercó a Victoria hasta que ella pudo sentir el agua goteando de sus branquias sobre sus hombros desnudos. Él no olía a muerte, sino a la pureza eléctrica del océano profundo.

—Victoria... —La voz no salió de su boca, sino que vibró directamente en el esternón de la mujer, una resonancia que hizo que su sangre cargada de toxinas se agitara.

Vhalor deslizó una garra por el hombro de la mujer. Al contacto, el veneno de la piel de ella empezó a reaccionar, creando una pequeña nube de vapor donde la carne humana tocaba la escama divina. Vhalor soltó un siseo, un sonido que mezclaba el dolor con un placer prohibido.

—Tu piel quema... —siseó él, y su rostro pálido se inclinó hacia el de ella. Sus ojos blancos parecían tener la capacidad de leer su alma—. Me traes el final que he esperado durante siglos. Pero no quiero tu muerte, pequeña. Quiero tu fuego para calentar mi tumba de sal.

Victoria sintió un vértigo insoportable. Él sabía que ella era portaba el veneno. Lo había sentido arder en sus garras y, aun así, no la soltaba. En lugar de devorarla, Vhalor la atrajo hacia sí, sumergiéndola hasta el pecho en el agua gélida. La seda de su vestido se volvió transparente, revelando las marcas de la intoxicación en su propio cuerpo.

—Si me tocas, morirás —jadeó Victoria, aunque su mano, traicionera, buscó la nuca de la criatura, hundiéndose en el cabello que parecía hilos de seda mojada.

—Ya estoy muerto, Victoria —respondió la vibración en su mente—. Soy el último de mi estirpe, guardián de un reino de sombras. Sé que me has traído la muerte, y la acepto. Pero antes de apagarme... déjame sentir lo que es arder una sola vez.

Vhalor no la besó con los labios, sino que presionó su garganta contra la de ella, permitiendo que las branquias de su cuello bebieran el sudor venenoso de Victoria. Era una comunión suicida. Ella, que había ido allí para ser una heroína sacrificada escogida entre las jóvenes más hermosas de la aldea, se descubrió deseando que el veneno no actuara tan rápido, deseando que el abrazo de aquel dios ciego y frío nunca terminara.

Mientras seguía atrapada en el abrazo gélido de Vhalor, sintiendo cómo el veneno de su piel empezaba a grabar marcas plateadas en las garras de la criatura, un sonido extraño llegó desde la entrada de la gruta. No era el mar. Eran voces.

Voces que ella conocía.

Victoria se tensó. Vhalor la soltó lo justo para que ella pudiera girarse, pero mantuvo una mano posesiva sobre su hombro.

A lo lejos, en la boca de la caverna donde la marea empezaba a subir, vio las antorchas. Las ancianas del pueblo y los hombres que la habían despedido con lágrimas falsas estaban allí. Pero no rezaban. Reían.

—¿Crees que habrá bebido lo suficiente? —preguntó la voz áspera del tabernero—. El veneno de su piel debería haberlo paralizado ya.

—No importa si lo mata de inmediato —respondió la Suma Sacerdotisa, la misma que había bendecido a Victoria—. Ella era el último cabo suelto. Su linaje era demasiado rebelde, demasiado parecido al de los que llamaron al Abismo hace siglos. Con ella muerta y el Dios envenenado, los Riscos del Pesar por fin serán solo nuestros. Nadie recordará a la familia de Victoria, ni al Dios que los protegía.

La joven sacrificada sintió cómo su corazón, cargado de toxinas, se detenía un instante para luego latir con una furia renovada. No era el veneno lo que la quemaba por dentro ahora; era el odio.

Miró a Vhalor. El Rey de la Fosa la observaba con sus ojos de perla ciega. Él lo sabía. Lo había sabido desde el momento en que ella puso un pie en el agua.

—Te enviaron para que ambos muriéramos —vibró la voz de Vhalor en su mente, más suave que nunca—. Eres el veneno que purga a los suyos, Victoria. El poder de tu sangre les aterra, por eso te entregaron a mi oscuridad.

La mujer se giró hacia él. Ya no sentía asco por sus escamas, ni miedo por la palidez cadavérica de su rostro. Vhalor era el único ser honesto en su mundo.

—No les daré el silencio que ansían —susurró ella, y su voz sonó con una autoridad que nunca había tenido en la superficie—. Vhalor, mi piel es veneno para ti, pero mi sangre... mi sangre es la que te mantiene atado a este lugar. Si eres el protector de mi familia, te ordeno que me protejas.

Ella tomó la daga de obsidiana que llevaba oculta en el muslo y, sin apartar la vista de las luces que se alejaban en la entrada, se hizo un corte profundo en la palma de la mano. La sangre negra empezó a brotar, mezclándose con el agua de la gruta.

—Bébeme —ordenó ella—. No me dejes morir aquí como una herramienta de esos cobardes. Llévame contigo. Llévame a donde la luz no llega y enséñame cómo se siente ser el terror que los mantendrá despiertos por el resto de sus miserables vidas.

Vhalor emitió un sonido que fue mitad lamento y mitad rugido. Se inclinó y presionó sus fauces contra la mano de Victoria. Al beber su sangre, la criatura no murió. Al contrario: las marcas plateadas del veneno en su piel empezaron a brillar con una luz volcánica. El veneno de Victoria, al mezclarse con su devoción, se había convertido en su combustible. Aquel no era el fin esperado, su gente se había equivocado al interpretar la profecía y lo pagarían caro.

La mutación fue inmediata. Vhalor creció, sus garras se alargaron y sus ojos ciegos se encendieron con un fuego azul abisal. Victoria sintió cómo él la envolvía con su cola, no para protegerla, sino para reclamarla como suya.

—Entonces, mi reina... —la vibración fue tan potente que el agua de la gruta empezó a hervir—. Vamos a darles la oscuridad que reservaron para nosotros.

Victoria se aferró al cuello de la bestia, hundiendo sus dedos en las branquias que ahora palpitaban con fuerza. Mientras Vhalor se sumergía hacia las profundidades del océano, llevándosela con él hacia un reino de coral negro y oscuridad eterna, miró por última vez hacia la superficie.

La "Victoria" no había sido para el pueblo. La victoria era suya. Se había convertido en la consorte del Abismo, y pronto, cuando consumaran su unión y su poder despertase, la marea traería de vuelta algo que ningún veneno podría detener.

La Diosa del Lago

El pueblo de Villagris olía a miedo y a madera empapada. Habían pasado cien años desde que el Primer Pacto se firmó con una sangre que no era humana, y las cosechas de centeno negro empezaban a marchitarse. Necesitaban alimentar a la Madre.

Joan fue llevado a la orilla del oscuro lago sumido en un silencio sepulcral. Sus ojos, de un azul eléctrico que no pertenecía a aquel paisaje gris, miraban la laguna de Marasmus con una fascinación que aterraba a los Ancianos. Lo desnudaron y grabaron en su pecho la runa del "Sacrificio". Él era el elegido, el extraño que nadie reclamaba, el joven que siempre parecía escuchar voces en el viento del pantano desde que apareció en la iglesia, sin familia.

Lo empujaron al agua sin contemplación.

La laguna de Marasmus era un caldo denso de materia orgánica y secretos antiguos. Joan se hundió lentamente. A medida que descendía, las raíces de los árboles sumergidos se enroscaban en sus tobillos como dedos puntiagudos.

Entonces, la Diosa se manifestó.

Desde el fondo lodoso, una masa de juncos negros y fango se elevó hasta formar una silueta femenina de proporciones imposibles. Marasmus no tenía piel, sino una superficie de algas traslúcidas que dejaba ver los huesos de las víctimas anteriores flotando en su interior. Sus ojos eran dos pozos de agua estancada, sin párpados, fijos en el pecho de Joan.

—Sangre de la raíz…

Ella extendió una mano hecha de agua sólida y tocó la runa en el pecho del joven. Al contacto, la sangre de Joan —la misma sangre del pacto original, algo que él desconocía— brotó y se mezcló con el agua negra. No se disolvió. La sangre del joven empezó a brillar con un color dorado enfermizo, iluminando las profundidades de la ciénaga.

Marasmus emitió un gemido de hambre y reconocimiento. Se abalanzó sobre él, pero no para devorarlo. Lo envolvió en un abrazo de lodo y frío. Joan sintió cómo pequeñas raíces empezaban a brotar de sus propias uñas, cómo sus pulmones se llenaban de un agua que le permitía respirar la oscuridad.

—No serás ceniza —le prometió la Diosa, pegando su rostro de fango al suyo—. Serás mi lengua. Serás el cuerpo que camine por la tierra de los hombres para reclamar lo que es mío.

Marasmus hundió sus dedos en la boca de Joan, alimentándolo con una esencia de tierra vieja y poder primigenio. Fue una comunión violenta, una violación de su humanidad para convertirlo en algo eterno. Joan no luchó. Se arqueó contra ella, sintiendo una excitación oscura, una conexión que borraba sus recuerdos de la superficie.

Esa noche, la laguna no reclamó una vida. Erigió un trono.

A la mañana siguiente, los habitantes de Villagris se reunieron en la orilla, esperando ver los restos de Joan flotando. Pero lo que salió del agua no era un cadáver. Era el joven, pero su piel tenía el brillo de la obsidiana mojada, sus ojos eran ahora del mismo color que la laguna profunda, y de sus hombros colgaban jirones de un musgo que parecía vivo.

Caminaba con una elegancia depredadora, y tras él, el agua de la laguna lo seguía, reptando por la orilla como un animal doméstico. Marasmus ya no estaba sola en el fondo. Tenía un Consorte.

Ya no era el joven pálido y silencioso.

Su piel, aunque aún pálida, tenía un brillo nacarado, como el interior de una concha marina sumergida. Sus ojos, antes azules, eran ahora dos abismos de agua negra, profundos e insondables, que reflejaban la humedad del pantano. De su cabello, antes castaño, colgaban finas hebras de algas vivas que se movían con la brisa. Su cuerpo, aunque esbelto, irradiaba una fuerza silenciosa, como la de una raíz que puede romper la piedra.

Se detuvo a pocos metros de ellos. El silencio de la ciénaga lo acompañaba.

—¿No os alegráis de verme, hermanos? —La voz de Joan no era la suya. Era un susurro profundo, resonante, como si las propias raíces de Marasmus hablaran a través de su garganta.

El murmullo de terror fue cortado por un grito de acero. El herrero del pueblo, un hombre de hombros anchos y piel curtida por el fuego de la forja, dio un paso adelante blandiendo una horca de hierro. Sus ojos estaban desorbitados, inyectados en la locura de quien ve su mundo desmoronarse.

—¡Engendro! —rugió, y su voz se quebró—. ¡Eres el hijo de la bruja, la misma que trajo la fertilidad a costa de nuestra sangre! ¡Mi padre la expulsó cuando su vientre empezó a hincharse con la semilla del pantano, y yo te enviaré de vuelta al lodo!

El hombre arremetió con él, pero Joan ni siquiera parpadeó. Con una lentitud insultante, extendió los dedos dibujando un símbolo en el aire. El agua de la orilla, que reptaba a sus pies como un lebrel fiel, se alzó en un látigo de fango y espinas de sauce. Antes de que el hierro pudiera rozarlo, el agua rodeó el brazo del herrero, apretando con la fuerza de una boa constrictora hasta que el hueso crujió como madera seca.

Se acercó al hombre caído, cuya respiración era ahora un silbido agónico. Se inclinó sobre él, y el aroma a tierra fértil y podredumbre que emanaba de su piel hizo que el herrero perdiera el sentido de la realidad.

—Tu padre la desterró —susurró Joan, y sus uñas de ébano rozaron la yugular del hombre con una delicadeza casi lasciva—,

pero no pudo desterrar el hambre de Marasmus. Ella esperó en el vientre de mi madre, esperó en los muros fríos del monasterio y esperó en vuestra propia iglesia. Ahora, tu rebelión ha fijado el precio a pagar por vuestro crimen.

Joan levantó la vista hacia la multitud. Su mirada se clavó en una joven que temblaba detrás del herrero: su hija, una muchacha de piel de porcelana y ojos de cervatillo, la joya de Villagris que aún no conocía varón.

—Ella —sentenció Joan.

La muchacha soltó un sollozo ahogado cuando las raíces del suelo empezaron a brotar alrededor de sus tobillos, acariciando sus pantorrillas con una suavidad perturbadora, como si el mismo pantano la estuviera reconociendo.

—No... ¡ella no! —suplicó el padre desde el barro.

Joan agarró a la joven por la barbilla. Su tacto era frío, pero la intensidad de sus ojos abisales provocó en ella un escalofrío que no era solo de miedo; era una vibración eléctrica que le recorrió la espina dorsal.

—Ella no será un sacrificio de sangre —dijo Joan, recorriendo con el pulgar el labio inferior de la muchacha, cuya voluntad empezaba a disolverse bajo el peso de esa mirada magnética—. Será el tributo de la carne. Marasmus quiere sentir la vida que late en su pureza. Vendrá conmigo a la laguna, y bajo el velo de la niebla, aprenderá lo que es ser amada por un dios.

Joan la atrajo hacia sí, rodeando su cintura con un brazo que se sentía como una rama de roble inamovible. La muchacha no luchó; sus ojos estaban fijos en el brillo nacarado de la piel de Joan, hipnotizada por la belleza que latía bajo su monstruosidad.

—Mirad bien —dijo Joan al pueblo, mientras retrocedía hacia el agua negra con su premio—. El pacto se ha renovado. Esta noche, la Diosa tendrá su ofrenda, y yo tendré mi primera sierva. Mañana, vuestros campos despertarán verdes, pero recordad: cada brizna de hierba que crezca tendrá el color de su inocencia perdida.

Se sumergieron en la bruma. El agua de la laguna se abrió para recibirlos como seda líquida, y lo último que Villagris escuchó fue el suspiro de la joven mezclándose con el ronroneo profundo de Marasmus, que por fin, tras un siglo de espera, tenía a su Consorte y a su primera esclava en el corazón del lodo.

A medida que se sumergían, el mundo de la superficie —los gritos del herrero, el olor a madera quemada de Villagris— se disolvió en un silencio absoluto, solo interrumpido por el latido rítmico del corazón del pantano.

Ada —la joven sierva— sintió el frío inicial transformarse en un calor febril. La magia de Joan, que la rodeaba como una mortaja de seda, filtraba el oxígeno directamente a su sangre. En la profundidad, la luz no venía del sol, sino de las venas doradas del joven y de la bioluminiscencia de Marasmus, que aguardaba en el lecho de coral negro y huesos pulidos.

La Diosa emergió del lodo como una columna de humo líquido. Sus manos de agua se extendieron, entrelazándose con las de Joan. Ada quedó atrapada en medio de ellos, como un delicado pétalo de carne entre dos fuerzas primordiales.

—Traes la ofrenda, mi Consorte… —el susurro de Marasmus vibró en los huesos de la joven, provocándole un espasmo de placer y terror.

Joan no la soltó. Con una mano en su nuca y la otra entrelazada con la de la Diosa, inició la unión. Fue una danza de tres sombras bajo el peso del agua. Marasmus rodeó el cuerpo de la muchacha con sus extremidades de niebla, mientras Joan presionaba sus labios contra su frente, transmitiéndole la visión de los siglos que la Diosa había pasado hambrienta.

—Siente su pulso —ordenó Joan, y su voz era el eco del abismo—. Siente cómo tu pureza se convierte en el alimento de la tierra que te alimenta.

La Diosa se fundió con ellos. La piel de Ada empezó a brillar con el mismo tono nacarado que la de Joan mientras él la penetraba. El contacto era total: el frío mármol de Marasmus, la

firmeza de ébano de Joan y la suavidad de la sierva se convirtieron en una sola masa de sensaciones. No había dolor, solo una disolución de la identidad. Ada sintió cómo las raíces de la Diosa buscaban sus propios secretos, cómo su inocencia era devorada no con violencia, sino con una voracidad sagrada que la hacía arquearse en un éxtasis místico.

Joan se inclinó hacia el oído de la joven, mientras los dedos de agua de Marasmus recorrían su vientre.

—Ya no perteneces al mundo de los hombres, pequeña sierva —le susurró—. Ahora eres parte del flujo del lago. Eres la sangre que hará que las flores crezcan con espinas y que el centeno sepa a carne.

En el clímax de la unión, una explosión de luz dorada y negra iluminó el fondo de la laguna. Las venas de los tres latieron al unísono, sellando el nuevo pacto. Ada ya no lloraba; sus ojos se abrieron, ahora teñidos por el mismo abismo que los de Joan, y una sonrisa de sabiduría prohibida se dibujó en sus labios.

Marasmus, satisfecha, se retiró hacia el fondo, dejando a Joan y a su sierva flotando en el abrazo de las raíces. El sacrificio había sido aceptado. La trinidad del pantano estaba completa.

El alba trajo una penumbra de color ámbar sucio, como si el sol mismo tuviera que abrirse paso a través de una costra de sangre seca. En Villagris, nadie había podido pegar ojo. Los hombres habían permanecido en sus porches, con las escopetas oxidadas y las horcas entre las manos, pero el valor se les había escurrido por las grietas del suelo en cuanto la primera brizna de niebla tocó sus pies.

Lo que vieron al despuntar el día fue una bendición obscena.

Los campos de centeno, que ayer eran tallos raquíticos y amarillentos, habían crecido dos palmos durante la noche. No eran dorados; eran de un verde tan oscuro que rozaba el negro, y las espigas pesaban tanto que se doblaban hacia la tierra como si hicieran una reverencia al pantano. Al abrirlas, los aldeanos no encontraron grano, sino una pulpa roja y carnosa que latía suavemente bajo el sol.

Pero el verdadero horror —y la verdadera belleza— aguardaba en la orilla.

Joan emergió primero. El agua se abría a su paso, no por respeto, sino por deseo, lamiendo sus muslos con una devoción líquida. A su lado, cogida de su mano, caminaba la hija del herrero. O lo que quedaba de ella.

La muchacha ya no vestía su ropa de campesina; los jirones de su vestido se habían fusionado con algas y finas hebras de plata abisal. Su piel, antes pecosa por el sol, era ahora de un blanco lunar, tan traslúcida que podían verse sus venas convertidas en finos hilos de color violeta. Sus ojos, esos ojos que ayer lloraban por su padre, eran ahora dos espejos de agua estancada que no pestañeaban. Caminaba con la misma elegancia sobrenatural que Joan, con la barbilla alta y una sonrisa que era un tajo de sabiduría prohibida en su rostro infantil.

Se detuvieron ante la multitud. El herrero, al ver a su hija, soltó su arma y cayó de rodillas, estirando una mano temblorosa.

—¿Hija...? —su voz era un graznido de agonía.

La joven no se inmutó. Se soltó de Joan y se acercó a su padre. Se inclinó, y el aroma que desprendía —una mezcla de lirios frescos y carne podrida— hizo que el hombre retrocediera. Ella le acarició la mejilla con un dedo que terminaba en una uña de ébano, idéntica a la de Joan.

—El padre que conocí murió cuando crucé la orilla —dijo ella, y su voz tenía la misma resonancia múltiple de Marasmus—. Ahora solo veo a un campesino que debe su pan al derramamiento de mi sangre y mi inocencia perdida.

Joan se colocó detrás de ella, rodeando sus hombros con sus brazos largos y poderosos. La estampa era de una sensualidad aterradora: el hijo de la bruja y la hija del herrero, unidos por el lodo y la divinidad.

—Mirad vuestras manos —ordenó Joan a los aldeanos.

Todos obedecieron. En las palmas de cada habitante de Villagris había aparecido una pequeña mancha negra, un estigma de humedad imborrable.

—Esa es la marca del Pacto Reclamado —sentenció—. Cada vez que comáis del pan de esta tierra, estaréis bebiendo la esencia de Marasmus. Cada vez que vuestras mujeres den a luz, lo harán para la laguna. No sois un pueblo libre. Sois la despensa de una Diosa que por fin ha recuperado la vida que le pertenece.

La joven sierva se giró hacia Joan y, ante la mirada de todos, hundió su rostro en el cuello de él, aspirando su esencia con una avidez que rozaba lo erótico. Él le acarició el cabello de musgo, perdiendo su mano entre sus piernas ante la aterrada mirada de sus antiguos vecinos.

Villagris ya no era un pueblo de hombres. Era el jardín de recreo de Marasmus y sus dos hijos malditos. Y mientras el sol de color ámbar subía por el horizonte, las raíces bajo sus pies empezaron a apretar suavemente los cimientos de las casas, recordándoles que ahora, y para siempre, su vida le pertenecía al fondo del lago y sus mágicos habitantes.

Acto III

Lo incorpóreo

Más allá de la materia, donde el arte se vuelve eterno y el alma se disuelve en la negrura de las estrellas. El acto final de la belleza es el silencio; la entrega absoluta al vacío que nos vio nacer.

La Sangre del Dios

La noche en que Anya cumplió veintiún años, el aire en la mansión familiar olía a tierra mojada y a piel de animal, a pesar de que todas las ventanas estaban cerradas. Su madre, recluida en la habitación del ala este, gritaba sobre "los cascos que golpean el techo".

Anya se miró en el espejo. Su piel estaba pálida, pero bajo sus clavículas empezaron a aparecer finas líneas oscuras, como capilares que se transformaban en raíces. No le dolía. Era un cosquilleo agradable, un despertar de cada terminación nerviosa que la conectaba con el bosque prohibido que rodeaba la propiedad.

—Ya estás aquí —susurró ella a la oscuridad.

De las sombras del rincón más profundo de su alcoba, emergieron un par de astas que parecían hechas de obsidiana y escarcha. Cernunnos no se manifestó con su forma de hombre, sino como una presencia imponente que ocupaba todo el espacio, irradiando un calor animal.

Anya no retrocedió. Se desabrochó el camisón de seda, dejando que la prenda cayera a sus pies como una piel muerta. Se acercó al dios maldito, sintiendo el aroma a almizcle y helechos que emanaba de él.

—Mis hermanas murieron intentando expulsarte de sus camas —dijo ella, y su voz tenía una firmeza que hizo que las astas del dios vibraran—. Yo no voy a rezar, Cernunnos. No voy a pedirte clemencia. Tu voluntad es la mía.

Ella extendió la mano y rozó el pelaje áspero y oscuro del torso de la deidad. Al contacto, las marcas en su pecho se encendieron en un tono cobrizo. El dios se inclinó, y su aliento, que olía a invierno y a sangre antigua, acarició el cuello de Anya.

—Quiero el poder que les robaste —continuó ella, rodeando con sus piernas la cadera invisible de la sombra—. Quiero ser la dueña de la cacería. Si mi linaje te pertenece, entonces tú también me perteneces a mí.

Cernunnos emitió un sonido que era un trueno sordo, una mezcla de sumisión y triunfo. Por primera vez en siete generaciones, una mujer no gritaba ante su presencia; lo reclamaba como suyo sin oponer resistencia. Las manos de Anya, cuyas uñas empezaban a afilarse y a oscurecerse, se hundieron en la carne del dios.

Esa noche, el pacto cambió de naturaleza. La maldición no se rompió; se consumó con una sensualidad salvaje que hizo que los árboles del bosque exterior se retorcieran en un éxtasis de madera y savia. Anya ya no era una mujer maldita. Era su Reina, y el dios oscuro, por fin, había encontrado a su igual.

El bosque de tejos latía con una luz roja y enferma bajo la influencia de la luna de sangre. Anya corría entre los troncos, pero ya no con la torpeza humana; sus pies descalzos apenas rozaban las hojas secas, moviéndose con la agilidad de un depredador que conoce el mapa de las sombras. A su lado, la presencia de Cernunnos era una ráfaga de frío y almizcle, un trueno de cascos invisibles que hacían temblar la tierra.

Lo acorralaron en el Claro de los Lamentos. El gran ciervo blanco, un animal que parecía una aparición de plata, cayó bajo el poder del Dios Astado. No hubo lucha, solo una entrega necesaria a la jerarquía de lo sagrado.

Cuando Anya llegó al centro del claro, el animal yacía sobre el musgo, y la sangre, espesa y humeante, manaba de su cuello como una ofrenda sagrada que se filtraba en las raíces. Cernunnos aguardaba, su silueta recortada contra la luna, de sus astas de obsidiana goteaba su esencia oscura.

Anya se acercó, con el pecho agitado y los ojos encendidos en un ámbar depredador. Se arrodilló sobre la tierra empapada, hundiendo sus manos en la calidez de la herida abierta del animal. La sangre del ciervo era el combustible para encender el fuego que el dios había sembrado en su vientre.

Cernunnos se tumbó sobre ella. Su forma se volvió más tangible, más carnal. Sus manos, grandes y ásperas como la corteza de un roble, rodearon la cintura de Anya, levantándola para que se fundiera con él sobre el lecho de muerte del animal.

—Eres mía… —el susurro del dios vibró por todo el bosque.

La poseyó allí mismo, en el corazón de la penumbra, ignorando las leyes de los hombres y abrazando la ley del bosque. La unión fue salvaje, despojada de toda ternura civilizada. Anya se arqueó contra el torso firme del dios, sintiendo el contraste entre la sangre caliente del ciervo bajo su espalda y el frío sobrenatural de la piel de Cernunnos sobre ella.

Cada gemido de Anya era contestado por un crujido de ramas; cada embestida del dios hacía que la savia de los árboles cercanos brotara como lágrimas negras. Era una danza de poder y entrega donde el placer se mezclaba con el olor ferroso de la cacería y el aroma a tierra fértil. Anya no solo estaba siendo poseída por un dios; estaba reclamando su trono como la consorte del invierno.

En el clímax, cuando la sangre del animal y la esencia del dios se fundieron con su propia piel, sintió cómo la maldición de su estirpe se transformaba finalmente en una corona de plata sobre su cabeza.

Se quedaron allí, entrelazados sobre los restos de la cacería, mientras el bosque guardaba un silencio reverencial. Anya apoyó la cabeza en el hombro del dios, con el cuerpo marcado por la sangre y el deseo, sabiendo que ya no había vuelta atrás. No era una mujer maldita; era la encarnación del hambre del bosque, y Cernunnos, por fin, tenía una reina que no temía mancharse las manos de sangre y vísceras para gobernar a su lado.

La cacería no terminó con el último espasmo sobre el musgo.

Anya se puso en pie, con la piel aún encendida y los muslos manchados de esa mezcla sagrada de sangre de ciervo y esencia divina. No se vistió; no necesitaba telas humanas para cubrir la majestad de su nueva naturaleza. Cernunnos caminaba tras ella, una sombra de tres metros con astas que desgarraban el velo de la niebla, sus cascos golpeaban el suelo con el sonido de tambores de guerra.

Bajaron la colina hacia el pueblo de Innisdara. Los aldeanos, aquellos que durante años habían cruzado de acera al ver a las mujeres de su familia, aquellos que habían susurrado "brujas" y "malditas" tras las cortinas, estaban a punto de descubrir que sus insultos habían sido, en realidad, profecías.

El pueblo dormía bajo un falso manto de paz. Anya se detuvo en la calle principal. El frío que emanaba de su cuerpo hacía que las flores en las ventanas se marchitaran al instante, convirtiéndose en ceniza negra.

—Despertad —ordenó ella, y su voz no fue un grito, sino un susurro que se filtró por las cerraduras y las grietas de las paredes.

Cernunnos golpeó el suelo con su pie hendido. Una onda de choque invisible recorrió el pavimento, agrietando los cristales de la iglesia y haciendo que las campanas tañeran un solo toque fúnebre.

Las puertas empezaron a abrirse. Los hombres salían en camisa de dormir, temblando, con los ojos nublados por el sueño y el terror. Allí, en mitad de la plaza, vieron a la mujer que tanto despreciaban. Anya estaba de pie, envuelta en jirones de bruma, con el cabello coronado por pequeñas ramas de tejo que parecían brotar de su propio cráneo. A su espalda, la figura monumental del Dios Astado proyectaba una sombra que cubría toda la casa consistorial.

—Durante siete generaciones habéis alimentado vuestro miedo con la cordura de mis antepasadas —dijo, caminando hacia el alcalde, un hombre que una vez intentó internarla en un convento—. Habéis usado nuestra sangre para marcar vuestros límites, para sentiros seguros en vuestra mediocridad.

Se detuvo frente a él. El hombre intentó levantar una mano, quizá para rezar, quizá para suplicar, pero Cernunnos emitió un gruñido gutural que le heló la médula.

Anya hundió sus uñas —ahora garras de ébano— en los hombros del hombre. No para matarlo, sino para marcarlo.

—La cacería no ha terminado —susurró ella al oído del alcalde, mientras el olor a almizcle y muerte lo rodeaba—. Esta noche, Innisdara deja de ser vuestra. A partir de ahora, cada niño que nazca llevará el rastro del bosque en sus ojos. Cada cosecha que recojáis tendrá el sabor de la tierra que habéis maldecido.

Se giró hacia su Dios, que la observaba con una devoción salvaje en sus ojos de ámbar.

—Cernunnos, dales una muestra de lo que es vivir bajo tu yugo.

El dios alzó sus astas hacia el cielo y, con un rugido que desgarró la noche, el bosque empezó a invadir el pueblo. Las raíces de los tejos reventaron el empedrado, las enredaderas treparon por las fachadas de las casas como dedos hambrientos, y los animales de la noche —lobos, búhos y cuervos— se posaron sobre los tejados, observando con hambre a los humanos.

Anya montó sobre el lomo de la deidad, fundiéndose en su pelaje oscuro.

—Mañana, cuando el sol salga —gritó ella sobre el estrépito de la naturaleza recuperando su trono—, recordad que la maldición ahora es vuestra condena.

Se perdieron en la espesura que ahora formaba parte de las calles, dejando atrás un pueblo que ya no pertenecía a la civilización, sino al Reino Astado de Anya.

El Pincel Carmesí

La ciudad de Florencia se asfixiaba bajo el sudario de la peste. El aire, denso por el humo de las hogueras de romero y el hedor de los cuerpos apilados, no lograba penetrar en el Palacio de los Espejos.

Elena cruzó el umbral con su maletín de restauradora apretado contra el pecho. La habían llamado por su buena reputación y su conocida discreción. El salón principal era una pesadilla de reflejos infinitos donde la luz de las velas parecía agonizar. Pero no fueron los espejos lo que detuvo su corazón, sino los frescos.

Las escenas de martirios y banquetes celestiales vibraban con un carmesí que no podía ser cinabrio. Al acercar la yema del dedo a la túnica de un ángel, sintió un calor húmedo. La pintura estaba fresca.

—No la toques. Es frágil —susurró una voz profunda y desconocida.

Desde la penumbra de un diván de terciopelo negro, Constantin se incorporó. Elena contuvo el aliento. Parecía una estatua de alabastro a la que alguien le había robado la luz. Su piel era tan fina que se podían ver las venas vacías, como hilos de plata bajo el hielo.

Elena permanecía inmóvil, suspendida en el espacio que separaba su respiración agitada del silencio absoluto de Constantin. El frío que emanaba de aquel torso de nácar era una invitación al abismo.

Constantin no se movió. Ni siquiera pestañeó. Pero sus ojos, de una profundidad oceánica, se clavaron en los de ella, ejerciendo una presión invisible que hacía que el mundo exterior —la peste, Florencia, su propia vida— se desvaneciera como ceniza al viento.

—¿Sientes su miedo, Elena? —su voz era un susurro de terciopelo que vibraba en el aire frío—. No es miedo a la muerte…

Él inclinó la cabeza apenas un milímetro, dejando que la luz de las velas dibujara sombras líquidas sobre sus clavículas. Elena sintió que sus propias piernas cedían, no por debilidad, sino por una necesidad de estar a su altura, de someterse a la tarea sagrada que él le ofrecía. Se arrodilló, y el roce de su falda sobre el mármol sonó como un trueno en el silencio del salón.

—Tócame —pidió él, y fue más una orden que una súplica—. Antes del color, necesito que reconozcas el vacío.

Elena, incapaz de resistirse a su voluntad, extendió los dedos con una lentitud agónica. Cuando la punta de su dedo índice rozó el esternón de Constantin, un escalofrío eléctrico le recorrió la espina dorsal. La piel de él era suave como el pétalo de una rosa congelada, firme y de una pureza mineral que la intimidaba.

A medida que ella exploraba con la yema de sus dedos la llanura pálida de su pecho, Constantin cerró los ojos y dejó escapar un suspiro que pareció arrancar el último calor de la habitación. Elena se sintió atrapada en su órbita. La voluntad de marcharse, de huir de aquel palacio maldito, se disolvió por completo. Solo existía el deseo de llenar aquel espacio en blanco, de ser ella quien escribiera la vida sobre aquel lienzo inmortal.

—Tu mano es cálida —murmuró él, y su mano fría se cerró suavemente sobre la muñeca de ella, presionando su palma contra el lugar donde debería latir su corazón—. Siente mi silencio. Llénalo de ti.

Elena ya no temblaba de miedo. Una ambición oscura, una seducción artística y carnal se apoderó de ella. Sumergió el pincel de marta en el óleo carmesí del fresco cercano, capturando esa gota de vida antigua.

Con un movimiento grácil, casi coreografiado por la mirada hipnótica de aquel ser maldito que nublaba su juicio, trazó la primera línea de sangre sobre el pecho de Constantin. Al contacto, la piel de él vibró bajo el pincel. No fue un simple trazo; fue una caricia que despertó un hambre compartida. Ella vio cómo el rojo destacaba contra la blancura espectral, y en ese contraste encontró una belleza tan violenta que la dejó sin aliento.

—Más —susurró Constantin, y su mano en la muñeca de ella empezó a guiar el pincel, trazando senderos de fuego sobre su propio cuerpo—. No te detengas hasta que cubras mi piel con tu esencia.

Elena se inclinó hacia él con cautela. Podía oler el frío de sus labios, la ausencia de aliento que la atraía como un imán. El pincel se movía ahora con una cadencia rítmica, una danza de carmesí y deseo que iba anulando cualquier rastro de la Elena que entró en el palacio horas antes. Ahora, ella solo era la mano de una voluntad mayor, la amante de una sombra que le pedía ser creada de nuevo.

No utilizó los pigmentos que traía de su taller. Se giró hacia el fresco más cercano, donde un ángel caído lloraba lágrimas de un rojo tan profundo que parecía contener el alma de un atardecer. Humedeció el pincel en aquella pintura que nunca se secaba, sintiendo el aroma metálico y dulce que llenó sus pulmones. Era sangre, sí, pero una sangre destilada por los siglos, una esencia de vida capturada en el tiempo.

Al girarse de nuevo, Constantin la esperaba con los ojos cerrados. Su pecho, liso y perfecto como el mármol de Carrara, no subía ni bajaba. No había pulso, solo una quietud espectral.

Elena apoyó la mano izquierda sobre el hombro de él para estabilizar su pulso. La piel de Constantin era suave, pero carecía de la elasticidad de los vivos; era como tocar una estatua que acababa de ser sacada de un sótano helado. El contraste entre el calor de los dedos de ella y la gelidez de él provocó que un pequeño hilo de vapor invisible pareciera elevarse del punto de contacto.

—No tiembles, querida —murmuró él, sin abrir los ojos—. Tu arte es lo único que me separa de la nada.

Elena no respondió. Apoyó la punta del pincel sobre el esternón de Constantin. La primera gota de carmesí manchó la blancura inmaculada de su piel. El contraste era obsceno, de una belleza que dolía.

Empezó a trazar. No pintaba flores ni paisajes. Pintaba la anatomía de un deseo que Constantin había olvidado. Trazó venas donde solo había vacío, dibujó el mapa de un sistema circulatorio que latía con el rojo robado de los frescos. El pincel se deslizaba con una suavidad lasciva sobre los músculos tensos del hombre.

Constantin soltó un suspiro largo, un sonido que era mitad quejido y mitad éxtasis.

—Siento... el peso —susurró él. Sus garras de ébano se hundieron sutilmente en el terciopelo del diván—. Siento el color quemando mi piel.

Elena se dejó llevar por la embriaguez del momento. Sus dedos se mancharon de rojo mientras guiaba el pincel hacia el cuello de él, rodeando la nuez de Adán con una filigrana de carmesí que parecía una gargantilla de sangre. Estaba devolviéndole la forma, rescatándolo de la erosión blanca de los siglos.

La cercanía era tal que ella podía oler el rastro de la peste que asolaba la ciudad fuera del palacio, pero aquí, en el círculo de luz de las velas, solo existían ellos dos y el rastro húmedo del pincel. Constantin abrió los ojos, ahora encendidos con un brillo carnal que no era hambre de sangre, sino hambre de ella.

—Más —suplicó él, inclinando la cabeza hacia atrás, ofreciéndole su garganta como un sacrificio—. Píntame hasta que el frío desaparezca. Píntame hasta que el mundo olvide que estoy muerto.

Elena sumergió de nuevo el pincel en el óleo vivo del fresco y, en un impulso de locura artística, presionó sus propios labios,

manchados de carmesí, contra la piel donde acababa de pintar un corazón latiente. El beso fue una colisión de fuego y escarcha.

El óleo de los frescos, esa sangre antigua destilada por la alquimia de los siglos, comenzó a actuar como un parásito de belleza sobre el mármol de Constantin. A medida que Elena trazaba las filigranas sobre su torso, las líneas carmesí no se secaban; al contrario, empezaron a ensancharse, a buscar los poros y las venas vacías del vampiro, latiendo con una autonomía aterradora.

El pincel cayó de las manos de Elena cuando sintió que el frío de Constantin ya no era una barrera, sino una succión. El cuerpo de aquel ser oscuro comenzó a irradiar un calor febril, un incendio provocado por el arte prohibido.

—Elena… —el nombre de ella fue un gemido que rompió el silencio de los espejos—. Me quema. El color… me está devorando. Ven.

Él la atrajo hacia sí con una fuerza súbita, despojada de toda elegancia aristocrática. Sus manos, manchadas de la pintura fresca que recorría su propio pecho, se hundieron en la espalda de Elena, manchando su vestido de seda blanca con el mapa de su nueva existencia. Al contacto, Elena sintió que la sangre de los cuadros, ahora transferida a su propia piel, la conectaba directamente con el hambre de Constantin.

El deseo estalló entre ellos como una colisión de dos mundos que nunca debieron tocarse. Constantin la besó con una desesperación que sabía a hierro y a siglos de soledad. Sus labios, antes gélidos, estaban ahora encendidos por el pigmento carmesí. No era una unión de amantes; era la fusión de un artista y su obra, del creador y la criatura.

Elena se entregó a la violencia de aquel encuentro, sintiendo cómo el óleo húmedo de Constantin se deslizaba entre sus cuerpos, actuando como un lubricante sagrado y prohibido. Cada centímetro de piel que se tocaba quedaba marcado por el carmesí, creando un fresco vivo sobre sus propios cuerpos enlazados. En el reflejo de los mil espejos del salón, ya no se veían una mujer y un monstruo, sino

una sola masa de color y movimiento, una pintura que desafiaba la muerte.

La piel de Constantin vibraba. Por primera vez en eones, sus venas no eran hilos de plata, sino cauces de fuego carmesí. Sus ojos se clavaron en los de Elena con una intensidad que la hizo temblar mientras la penetraba con violencia, mordiendo sus labios con pasión.

—Píntame desde dentro —susurró él contra sus labios, mientras la levantaba y la poseía sobre el diván, rodeado de los ángeles que lloraban sangre desde las paredes.

La unión carnal fue un acto de restauración absoluta. Elena sentía cada embestida de Constantin como una pincelada definitiva sobre su propia alma. El placer no era solo físico; era una trascendencia donde el dolor del pincel y el éxtasis de la carne se volvían una sola cosa. El palacio entero pareció suspirar con ellos, las paredes vibraron con la sangre que, finalmente, había encontrado un cuerpo donde latir.

Cuando el clímax llegó, el sonido fue el del óleo asentándose sobre la piel desnuda. Se quedaron entrelazados, jadeantes, cubiertos de una pintura que los había unido para siempre. Constantin ya no era de mármol; era de carne y color, y Elena, con las manos rojas y el corazón desbocado, supo que nunca podría volver a pintar sobre un lienzo inerte. Había creado un dios de sangre, y ahora, ella era la única que poseía el pincel para mantenerlo con vida.

El aire en el salón de los espejos se volvió irrespirable, cargado con el vapor de sus cuerpos y el aroma denso, casi narcótico, de la sangre vieja que ahora hervía sobre la piel. Constantin ya no era una estatua; era una fragua. La palidez de su torso había desaparecido bajo un laberinto de líneas rojas que palpitaban al unísono con el corazón de Elena, como si el arte hubiera creado un sistema nervioso compartido.

Ella hundió sus dedos en el cabello oscuro de Constantin, tirando de él hacia atrás para exponer su garganta teñida de

carmesí. Ya no le importaba el pincel, ni el orden, ni la restauración. Sus manos eran ahora las herramientas, extendiendo el óleo caliente por los muslos de él, por sus costados, sintiendo cómo los músculos de mármol del vampiro reaccionaban con espasmos de un placer que rozaba la agonía.

—Mírame —ordenó ella, y su voz era un susurro hambriento.

Constantin abrió los ojos. Eran dos ascuas en la penumbra. La rodeó con sus brazos, y la presión fue tan inmensa que Elena sintió que sus costillas iban a ceder, pero no hubo miedo, solo una necesidad eléctrica de ser devorada. La pintura entre ellos actuaba como un nexo alquímico; cada vez que sus pechos se golpeaban, el pigmento se volvía más brillante, más vivo, alimentándose de la fricción y del deseo que quemaba en el vientre de la restauradora.

Constantin la poseía con una lentitud cruel, saboreando cada milímetro de la piel de Elena que ahora estaba marcada por sus propias manos ensangrentadas. Sus labios recorrieron el cuello de la joven, dejando un rastro de fuego carmesí, pero no buscó la vena; buscó el pulso, la vibración de la vida que su "obra" le permitía sentir por fin.

—Siento tu sangre... —gemía él contra su oído, y su voz era el crujido de un incendio forestal—. Siento el color corriendo por mis dedos, Elena. Me has convertido en un incendio. Déjame poseerte por completo.

Elena arqueó la espalda, entregándose a las embestidas que la hacían chocar contra el respaldo del diván. El sudor de ella se mezclaba con el óleo de él, creando una pátina de oro y sangre que los cubría por completo.

No era una unión carnal ordinaria; era una transmutación alquímica. Elena sentía cómo su propia humanidad, su calor de mujer viva y mortal, se filtraba a través de sus poros hacia Constantin, mientras el frío milenario de él intentaba sofocar, sin éxito, el incendio estético que ella había desatado con sus pinceles. En aquel rincón del palacio, custodiado por espejos que callaban verdades antiguas, ellos dos estaban esculpiendo una nueva forma

de vida: una belleza que no conocía la tumba porque estaba forjada con deseo puro y pigmento eterno.

El clímax los alcanzó como una inundación silenciosa y absoluta. El rojo de las paredes, ese carmesí que habitaba en los frescos, pareció desprenderse de la piedra para envolverlos en una nube de color vivo, un aura de sangre destilada que los aisló del mundo. Elena gritó, pero su grito no fue de miedo, sino de una revelación insoportable; un grito que fue ahogado de inmediato por el beso final de Constantin.

Fue un beso que selló el pacto de sangre. Mientras el cuerpo de Elena se arqueaba bajo el peso de la gloria, sintió el frío agudo de los colmillos de Constantin hundiéndose en su cuello con la precisión de un grabador sobre el metal. No hubo dolor, solo una succión rítmica, una entrega donde el torrente de su vida se deslizaba por la garganta del vampiro, alimentando por fin el lienzo vacío de su existencia.

Pero Constantin, en un acto de amor supremo y devastador, no permitió que ella se desvaneciera. Con un movimiento grácil, se hirió el labio con su propia garra de ébano y presionó su boca contra la de Elena, obligándola a beber de la fuente de su inmortalidad.

La sangre de Constantin entró en ella como oro líquido y frío, una sustancia que devoró su mortalidad en un parpadeo. Sintió cómo sus sentidos se dilataban: ahora podía ver cada trazo de pincel en la oscuridad, podía escuchar el latido de la peste fuera de los muros y, sobre todo, podía sentir el color carmesí vibrando dentro de sus propias venas.

Se quedaron fundidos, dos figuras de un fresco que se negaba a secarse, respirando el mismo aire viciado de arte y pasión. Sobre el diván de terciopelo, solo había dos dioses de mármol y sangre, unidos para siempre por el pincel carmesí del deseo, mientras el mundo exterior se hundía en el olvido.

El Susurro del Abismo Estelar

El frío en el observatorio de "La Aguja de Hielo" no era una ausencia de calor, sino una presencia física que reclamaba su lugar en los pulmones de Cassandra. A tres mil metros de altura, el mundo de los hombres era una mancha borrosa de luces distantes bajo el manto de las nubes; arriba, sin embargo, el cielo se abría con una claridad obscena, como una herida de diamantes sobre terciopelo negro.

Cassandra se ajustó el abrigo de lana, pero sus dedos, entumecidos y pálidos, apenas sentían la textura del tejido. Sus ojos no estaban puestos en el gran telescopio de latón, sino en la pantalla del monitor, donde una línea de color verde fosforescente trazaba la topografía de la nada.

Hacía tres noches que la señal había comenzado.

No era un fenómeno astrofísico común. Tampoco el giro frenético de un púlsar ni el eco agónico de una supernova. Era un latido. Un pulso rítmico, deliberado, que se repetía cada diez minutos con la precisión de un metrónomo divino.

—Estás ahí... —susurró ella, y su aliento formó una pequeña galaxia de vapor en el aire gélido.

Se llevó los auriculares a los oídos. Al principio, solo escuchó la estática habitual, el siseo del fondo cósmico de microondas. Pero entonces, llegó. El sonido no entró por sus oídos, sino que vibró directamente en su estructura ósea. Era una nota grave, una frecuencia tan baja que resultaba casi inaudible, pero que hacía que el líquido de sus ojos temblara.

A medida que el pulso se intensificaba, Cassandra sintió una punzada de un placer gélido en la base de la columna. Era una sensación de vértigo invertido, como si la gravedad hubiera decidido, de repente, que su cuerpo ya no pertenecía a la tierra, sino al abismo que se abría sobre la cúpula. La habitación pareció contraerse. Las paredes de piedra, los mapas estelares y las herramientas de medición perdieron su solidez, volviéndose traslúcidos, como si la realidad misma fuera un cuadro mal pintado que el vacío estaba empezando a borrar.

Se levantó de la silla, moviéndose con la lentitud de una sonámbula. El monitor empezó a mostrar patrones que desafiaban la geometría euclidiana: ángulos que se cerraban sobre sí mismos, espirales que crecían hacia adentro. Cassandra llevó una mano a su pecho, sintiendo cómo su propio corazón intentaba sincronizarse con el latido del espacio profundo.

La seducción que las estrellas ejercían sobre ella era absoluta. No había palabras de amor, ni promesas, solo la oferta de una disolución total. ¿Por qué ser una mujer sola, una mota de carne que camina hacia la vejez, cuando podía ser parte de la vasta e indiferente elegancia del vacío?

Caminó hacia la palanca de apertura de la cúpula. El metal quemaba por el frío, pero ella no retiró la mano.

—Ámame —suplicó al silencio, con una honestidad brutal que nunca había sentido por un ser humano—. Deshazme en tu profundidad.

Con un crujido de engranajes congelados, la cúpula empezó a abrirse, revelando la inmensidad del cosmos. Cassandra se quedó allí, bañada por la luz de estrellas muertas hace milenios, sintiendo cómo ese ser celestial que pulsaba en sus monitores extendía sus dedos de gravedad hacia ella, preparándola para la unión definitiva. El metal de la palanca de apertura dejó una quemadura de hielo en la palma de su mano, pero Cassandra no la soltó. Al contrario, apretó los dedos, disfrutando de ese dolor punzante como el último ancla a su humanidad. Con un rugido de engranajes que sonó como

un lamento mecánico, la cúpula se separó, dejando que el aire gélido de la cumbre invadiera el recinto. El frío ya no la hacía temblar; la acariciaba con la familiaridad de un amante que ha esperado siglos para tocarla.

Cassandra comenzó a despojarse de su ropa. Cada prenda que caía al suelo de piedra era una capa de identidad que abandonaba. Se desabrochó el abrigo, dejó caer el jersey de lana, hasta quedar desnuda bajo el ojo implacable de la galaxia.

Fue entonces cuando lo comprendió. Aquel ser no era un ente de carne, sino una consciencia hecha de frecuencias y vacío, una entidad primordial que se alimentaba de la quietud de los mundos. Cassandra recordó las viejas leyendas sobre las estrellas que devoraban el sonido para tejer el manto de la noche eterna. Era el responsable de esos grandes vacíos en el mapa estelar; él era la nada que consumía la luz, transformando la materia en un silencio absoluto y vibrante. Y ahora, ese silencio la reclamaba a ella para que fuera su voz en el abismo estelar.

—Muéstrate... —gimió ella, sintiendo cómo el aire a su alrededor se espesaba.

En el centro de la cúpula, el espacio empezó a desgarrarse. No hubo fuego ni luz, sino una distorsión geométrica, una espiral de negrura que absorbía los reflejos de los espejos del telescopio. Era el ser manifestándose en su forma más pura: una red de filamentos de gravedad oscura que recordaban a dedos infinitamente largos y delgados.

La entidad descendió sobre ella. Cassandra sintió que esos hilos invisibles de pura física le rodeaban los tobillos, subiendo por sus muslos con una fricción fría que la hacía jadear. No había tacto humano, pero la estimulación era más intensa que cualquier caricia: era el universo mismo pulsando contra su clítoris, contra su vientre, contra su alma. La voluntad de Cassandra se anuló por completo bajo esa presión externa que le dictaba que ya no era una mujer, sino un instrumento.

El ser estelar se introdujo en ella no como un hombre, sino como una vibración que resonó en su útero, una nota baja y constante que la hizo arquear la espalda sobre el frío suelo de piedra. Sus sentidos se desbordaron; empezó a ver colores que no existían en su realidad y a escuchar el roce de los planetas al girar. El erotismo de la escena era devastadoramente oscuro: era la entrega de una criatura efímera a un arquitecto del infinito.

—Tómalo todo —susurró Cassandra con los ojos en blanco, mientras sentía que sus átomos empezaban a separarse, estirándose hacia la espiral negra—. Vacíame.

El ser apretó su abrazo de gravedad. En ese intercambio asimétrico, ella le daba su conciencia y su calor, y él le entregaba la eternidad de la nada. El placer final fue una inundación de estática y silencio que borró el grito de Cassandra de la faz de la tierra.

Cassandra echó la cabeza hacia atrás, con los ojos en blanco, entregada a un orgasmo que sabía a ozono y a eternidad. Sentía que sus huesos se volvían traslúcidos, que su sangre empezaba a brillar con el mismo verde fósforo que el monitor. La unión era carnal en un sentido devastador: la materia de su cuerpo estaba siendo reclamada por la materia del cosmos.

—Más... —suplicó entre espasmos—. Llévame contigo al lugar donde no luce el sol.

La Entidad se expandió. La oscuridad del centro de la habitación la envolvió como una manta de terciopelo que pesaba toneladas. Cassandra sintió que sus pies dejaban de tocar el suelo. Ya no había arriba ni abajo, solo la succión deliciosa de un abismo que la amaba con la indiferencia de un dios. En ese clímax final, donde el dolor de existir se disolvió en el placer de ser nada, Cassandra dejó de ser una mujer para convertirse en el eco de un susurro estelar.

Cuando la cúpula volvió a cerrarse automáticamente al amanecer, solo el silencio permaneció. No había ropa, ni cuerpo, ni rastro de la astrónoma. Solo quedaba el monitor, donde la línea

verde, por primera vez en tres noches, se había vuelto una línea recta y perfecta. El pacto estaba consumado.

El mapa de las sintonías

El Tratado de Placeres Inmortales no termina con el silencio de las estrellas. Si estas páginas han despertado en ti un hambre que el mundo tangible no puede saciar, te invito a cruzar el umbral definitivo.

No camines a solas por las sombras que acabas de despertar ni te pierdas sin guía en el abismo estelar. Únete a nuestro aquelarre, un refugio para las almas que encuentran consuelo en la decadencia, belleza en la sombra y verdad en lo prohibido. Allí, compartiremos las visiones que la luz del día intenta censurar y mantendremos encendida la llama de esta liturgia compartida.

Encuéntranos donde el velo es más fino:

- **Instagram:** @celiaesgar_escritora *(Donde la estética se vuelve carne)*
- **Newsletter/Web:** celiaesgarbooks.com *(Crónicas exclusivas para los iniciados)*

Ven. La noche es vasta, pero aquí nunca estarás en soledad mientras quede una gota de tinta por derramar.

La ceremonia no ha hecho más que empezar.

Acerca del Autor

Celia Esgar es una arquitecta de sombras y anhelos, una autora española cuya pluma habita la frontera donde la belleza se funde con lo macabro. Formada en Filología y diseñadora de profesión, su trayectoria es un crisol de estética y narrativa, donde el diseño gráfico y la creación de mundos convergen en un retorno apasionado a la escritura, su vocación más profunda y genuina.

Su bibliografía es un catálogo de lo inquietante.

Ha explorado la maldición familiar y el erotismo oscuro en *Pinceladas de Sangre*, y el suspenso más opresivo en *El Enigma de la Musa Estelar*. Con *El Pan de las Brujas*, Celia se sumerge en el terror histórico y la persecución, mientras que en *La Biblioteca de las Almas Condenadas* y *El Talismán de la Luna Roja* despliega una fantasía gótica cargada de traiciones ancestrales. Su universo se expande ahora hacia las profundidades de *Silentium*, consolidando una voz que no teme explorar los rincones más crudos del alma humana.

Con una sensibilidad que bebe de la atmósfera sensorial de los clásicos del romanticismo gótico y el terror más oscuro y sensorial, Celia invita a los lectores a cruzar el umbral de lo prohibido sin mirar atrás.

En sus páginas aguardan romances perversos, rituales de sangre y verdades que duelen como el frío de lo eterno. Para ella, escribir es un acto de desenterrar secretos; una invitación a reconocer que, en la oscuridad, es donde finalmente dejamos de ser espectadores para convertirnos en parte del abismo.

Books By This Author

Pinceladas De Sangre

La estirpe Blackwood siempre ha estado marcada por un legado oscuro. Sus vidas se entrelazan con una antigua maldición que acecha a las mujeres de la familia a través de un misterioso espejo.

Cuando la joven Eliza, una restauradora de arte, es contratada por la última señora Blackwood para restaurar el legado familiar, debe enfrentarse a las fuerzas sobrenaturales que amenazan con consumirla a ella y a todo lo que ama.

Atrapada entre la realidad y un reino de reflejos siniestros, Eliza se ve abocada a tomar una decisión desesperada que podría contener la oscuridad para siempre, pero a un precio inimaginable.

Con la ayuda de mujeres poderosas que custodian conocimientos olvidados, comienza una carrera contra el tiempo para vencer al mal que mora en la sangre Blackwood. Pero el camino hacia la luz está plagado de peligros ocultos y verdades escalofriantes, donde el precio de la libertad podría ser más aterrador que la propia prisión.

¿Podrá la estirpe Blackwood romper su maldición, o quedará para siempre atrapada entre pinceladas de sangre y reflejos del más descarnado horror?

DARK ROMANCE - Esta novela tiene contenido que puede herir tu sensibilidad.

El Talismán De La Luna Roja

Dreamwood Valley: Un pueblo envuelto en una niebla perpetua, donde cada rincón oculta secretos que hielan la sangre. Es aquí, tras la trágica muerte de sus padres, donde Alma se ve obligada a empezar de cero.

Pero el pasado no la ha olvidado. Al desembalar las cajas de su madre, Alma descubre un antiguo talismán que despierta en ella unos poderes ocultos y la enfrente a profecía ancestral: ella es la Elegida, destinada a proteger Dreamwood Valley de las fuerzas oscuras que lo acechan.

En su camino, se cruza con Ray, un joven enigmático con una conexión misteriosa con los cuervos y una familia con un pasado oscuro.

La atracción entre ellos es inmediata e innegable. La tensión, palpable. Sin embargo, Alma pronto descubre la dolorosa verdad: Ray y su familia están ligados a la misma oscuridad que amenaza con destruir todo lo que ella está destinada a proteger.

¿Puede la Elegida enamorarse de su propia perdición?

Atrapada entre el amor y el deber, Alma deberá desentrañar los secretos del talismán, dominar el poder que fluye por sus venas y decidir si está dispuesta a sacrificarlo todo para cumplir su destino y proteger a Dreamwood Valley, incluso si eso significa renunciar al amor que siente por Ray.

Prepárate para sumergirte en un mundo de misterio gótico, romance paranormal y magia ancestral, donde la luz y la sombra luchan por el alma de una heroína.

El Pan De Las Brujas

1692. En el corazón puritano de Salem, la curandera Meredith Bowl es condenada a la horca por brujería.

Su verdadero crimen no fue la hechicería, sino ser portadora de un conocimiento ancestral en una era dominada por la ignorancia y el miedo. Antes de morir, lega a la posteridad unos diarios que custodian la clave de la extraña plaga que la comunidad llamó "tormentos".

Tres siglos después, su descendiente, la micóloga Chiara Bowl, descubre el legado de su antepasada.

Guiada por sus escritos, se embarca en una investigación para demostrar que lo que condenó a Meredith no fue un pacto con el diablo, sino el ergotismo: una intoxicación mortal causada por el hongo del centeno.

¿Tendrá la ciencia el poder de desterrar un miedo que ni el paso de los siglos han conseguido sanar?

El Enigma De La Musa Estelar

Un thriller psicológico que te mantendrá en tensión hasta el último acto.

Tras el telón de un teatro legendario, un oscuro secreto aguarda dormido... y un misterioso asesinato despierta una sinfonía de intrigas y sospechas.
Cuando la joven soprano Isabella Rossi es hallada muerta en el Teatro Real, la inspectora Carlota Guzmán se adentra en un laberinto de rivalidades, ambiciones y oscuros legados.
A medida que Carlota y su equipo desentrañan los hilos de este enigma, descubren conexiones escalofriantes con un robo ocurrido décadas atrás y una producción magistral de "La Flauta Mágica" de Mozart.

¿Quién silenció la voz de Isabella? ¿Qué oscuro secreto protege el corazón del Teatro Real?

Prepárate para descender a las profundidades de un misterio donde la verdad se esconde entre bambalinas y la belleza convive con la oscuridad.
Acompaña a Carlota a través de un laberinto de pistas crípticas, sociedades secretas y personajes cuyas máscaras ocultan intenciones siniestras.

El Enigma de la Musa Estelar es más que un thriller; es una inmersión en un mundo donde el pasado y el presente colisionan en una sinfonía de misterio. Es una invitación a desentrañar un secreto que ha permanecido oculto durante generaciones, un enigma que podría desatar fuerzas insospechadas.

¿Serás capaz de desvelar el misterio que se esconde entre sus páginas?

Silentium: La Abadía Del Hielo

El invierno eterno ha comenzado… y solo la sangre de un dios puede detenerlo. ❄️🩸

¿Hasta dónde llegarías para salvar a los que amas de una maldición que no comprendes? 🕯️

En las cumbres más inhóspitas, tallada en el corazón de un glaciar que nunca deja de llorar, se alza la Abadía de Silentium. Un refugio de oración. Una prisión de hielo. Un secreto familiar que ha permanecido oculto durante siglos tras los muros de la Cámara Tacitus. 🏰❄️

Lyra es una mujer de ciencia. No cree en milagros, pero cree en la

supervivencia. Cuando una extraña plaga de fiebre roja, la Febres, amenaza con consumirlo todo, se ve obligada a buscar respuestas en el único lugar del que nadie regresa. 💉🔥

Allí la espera Caelum, el guardián de la Abadía. Un hombre marcado por el Algor, cuya piel es tan fría como el hielo que custodia y cuya alma está ligada a un pacto oscuro que no puede romperse. Él es el fuego que hiela; ella es la medicina que quema. 🖤⚖️

Cuando sus mundos colisionan, el Contrapeso se quiebra. Para salvar el futuro, deberán enfrentarse a la entidad que duerme bajo sus pies y decidir qué es más peligroso: la divinidad corrompida del Pthárti Ichor o el deseo prohibido que late entre ellos. 🏺✨

Llega una nueva obra de narrativa gótica que te cortará la respiración. 🫀

Lo que encontrarás en Silentium: La Abadía del Hielo:
❄️ Atmósfera Opresiva: Un entorno claustrofóbico inspirado en la elegancia de las grandes obras del Dark Fantasy.

🔥 Enemies to Lovers Místico: Una tensión creciente entre la razón y el misticismo.

📜 Worldbuilding Único: Un sistema de magia basado en la dualidad del hielo y la sangre divina.

🖤 Romance Paranormal Adulto: Con la profundidad emocional y el misterio que tanto adoras.

"El silencio es la única advertencia. El fuego es la única salida." 🤫🔥

¿A qué esperas para perderte en los gélidos pasillos de Silentium?

🔑 📖

Celia Esgar, autora finalista en la short list de los Wattys 2025 con La Niebla Azabache, se especializa en tejer tramas sensoriales que exploran la dualidad humana, el romance tóxico y las maldiciones familiares. 🖋️🖤 Es la creadora del universo de La Biblioteca de las Almas Condenadas y la mente detrás de la oscuridad apasionante que habita en El Pan de las Brujas y Pinceladas de Sangre. 🍷 📖

Con Silentium: La Abadía del Hielo, Celia invita a sus lectores a cruzar el umbral del frío absoluto, demostrando una vez más su capacidad para convertir la oscuridad en una experiencia poética e inolvidable. ✨ 🏛️

La Biblioteca De Las Almas Condenadas

Un universo de fantasía donde el amor y la magia desafían el destino.

¿Qué puede pasar si una Diosa de la Naturaleza, impulsiva y caprichosa, herida por el rechazo de quien creía su alma gemela, decide renunciar a su Divinidad para seducir a un humilde pastor?

Descubre una historia de traición, romance y celos que pondrá del revés la Esfera Celestial. Con este libro, te adentrarás en un mundo de fantasía lleno de magia ancestral, antiguas profecías, oráculos divinos y energías capaces de transformar la realidad que nos rodea.

Ángeles, demonios, dioses, hechiceras y vampiros pueblan el místico Universo en el que estás a punto de sumergirte. Olvida todo lo que creías saber sobre el Más Allá y acompaña a Itziar en su viaje, a través de las Sombras, en busca de su ansiada libertad.

¿Puede una diosa desafiar su destino o está condenada a repetir los errores del pasado?
